



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE AGRICULTURA, PESCA
Y ALIMENTACIÓN



Siete cuentos con el cuento de Siete

Jerónimo Corral Estrada

ilustrado por
Carla Palomo Aizona



MINISTERIO
DE AGRICULTURA, PESCA
Y ALIMENTACIÓN

Edita:

© Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación
Secretaría General Técnica
Centro de Publicaciones

Diseño, maquetación, impresión y encuadernación:
Centro de Publicaciones del MAPA

7 cuantos con el cuento de Siete (Papel)
NIPO: 003-19-072-8
DL: M-10938-2019

7 cuantos con el cuento de Siete (en línea)
NIPO: 003-19-071-2

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado:
<http://publicacionesoficiales.boe.es/>

En esta publicación se ha utilizado papel 100% reciclado libre de cloro

Distribución y venta:
Paseo de la Infanta Isabel, 1
28014 Madrid
Teléfono: 91 347 55 41
Fax: 91 347 57 22

Tienda virtual:
[https://www.mapa.gob.es/es/ministerio/
servicios/publicaciones/](https://www.mapa.gob.es/es/ministerio/servicios/publicaciones/)

centropublicaciones@mapa.es

Presentación

Escribí estos cuentos para mi nieta y ahijada Paula al cumplir sus siete años, con la intención de inculcarle cariño y respeto por el mundo oceánico, misterioso, en gran parte desconocido y poblado de multitud de seres fascinantes.

Como protagonistas y aprovechando mis conocimientos sobre el mar y sus moradores, -conocimientos adquiridos a lo largo de más de 43 años en el Instituto Español de Oceanografía-, elegí varios animales marinos, que por su valor comercial fueron sometidos durante siglos a una persecución continuada que mermó sus poblaciones. Y aun ahora, a pesar de la protección de la que algunos gozan, siguen enfrentándose a graves problemas que ponen en riesgo, incluso, su propia existencia a largo plazo.

En los adultos del mañana, niños hoy, reside la responsabilidad de proteger y cuidar en el futuro el mar. Por ello la educación ambiental marina es un factor decisivo especialmente para los niños, a los que

puede llegar muy fácilmente ese mensaje de la necesidad de proteger y cuidar los mares y sus recursos a través de varias historias que muestran la vida de varios animales emblemáticos como ballenas, focas, nutrias, delfines, sirenas y tortugas que en estos cuentos están dotados de sentimientos, virtudes y sabiduría, gracias a lo cual salen airoso de los peligrosos trances que atraviesan.

Estos cuentos ya fueron publicados por el IEO en diciembre de 2008, pero considerando el fuerte componente educativo que mediante las Reservas Marinas desarrolla la Secretaría General del Mar a través de la Dirección General de Recursos Pesqueros y Acuicultura, pareció oportuno ampliar su divulgación, ya que contribuyen a esa necesaria formación del espíritu conservacionista marino que debe impregnar a las nuevas generaciones.

Madrid, diciembre 2009
Jerónimo Corral Estrada

Índice

- La ballena agradecida 7
- La nutria sabia 29
- La sirena prudente 51
- El delfín bondadoso 65
- La tortuguita valiente 83
- La foca intrépida 101
- El cuento de Siete 117
- Los personajes de los cuentos 144



La ballena agradecida

El viejo marino había nacido en un pueblecito costero muy pintoresco, ya que las casas que lo formaban parecía que se encaramaban por la ladera de la montaña, como si estuviesen huyendo del constante oleaje del océano y a medida que subían la ladera, se desparramaban en abanico. Desde la parte alta del pueblo, donde estaba la plaza principal, se veía el mar muy abajo, allá en la lejanía.

El viejo marino al retirarse había regresado al pueblo donde compró una vetusta casona cercana al acantilado, con ventanas pintadas de rojo y desde las que se contemplaba el mar, ora furioso y rugiente, ora tranquilo y sosegado. Delante de su ventana favorita permanecía muchas horas mirando las olas, el ir y venir de los barcos, los cambios de color del agua, el flujo y reflujo de las mareas, y, al final de la tarde, la puesta del sol. La ventana era su atalaya desde donde veía aquello que más amaba: el mar.

En una gran sala de la casa se amontonaban en un aparente desorden una gran cantidad de muebles y objetos que el marino había ido adquiriendo y coleccionando en su viajes, destacando de entre todos los muebles, un par de enormes baúles de madera con herrajes de hierro. Las paredes de la sala casi no se veían por la cantidad de cachivaches que las cubrían. Había peces disecados, catalejos, brújulas y sextantes, dientes de cachalote tallados, sierras y espadas de pez sierra y pez espada, algún cráneo y huesos de delfines, caparazones de tortugas, boyas de varios colores y tamaños, cañas de pescar, anzuelos, cartas náuticas, trozos de red, linternas, cabos anudados con diferentes nudos marineros, una viejísima botella oscura y muchos otros objetos, algunos casi imposibles de identificar. Varios de esos objetos los había recogido el viejo en la playa, ya que en las tormentas, las olas devuelven a la tierra los restos de antiguos naufragios.

Uno de los baúles guardaba chaquetones, impermeables, gorras, botas, camisas, y otra ropa que había quedado casi inservible. En el otro baúl, entre bengalas, relojes, monedas, navajas, y otros variados objetos, conservaba el viejo marino un cofre grande lleno de papeles amarillentos por los años, un pergamino enrollado y numerosos cuadernos, gruesos, escritos con una letra apretada y menuda. El pergamino y los cuadernos eran su tesoro más preciado. El pergamino tenía una curiosa historia como más tarde se

verá y los cuadernos los había ido escribiendo a lo largo de muchos años, porque el viejo marino, en sus viajes por los mares, cuando alguien, en las tabernas de los puertos, o en las largas noches de guardia en el puente, contaba una historia, inmediatamente la guardaba en la memoria y la transcribía a su cuaderno. Pensaba que no se debía perder ningún relato de los miles que había escuchado en su vida y se ufanaba de su gran paciencia para ir rellenando cuaderno tras cuaderno año tras año, hasta completar una voluminosa colección. Había clasificado los cuadernos en varios grupos según las historias que narrasen. Así, en un grupo estaban los que contaban historias de piratas y de tesoros, en otro los que relataban terribles tempestades y naufragios, en otro los que referían viajes a parajes remotos y a islas de ensueño en las que se habían descubierto cosas fantásticas. Y finalmente había uno que le era especialmente querido porque en él se narraban unas historias prodigiosas que le había contado un náufrago al que había encontrado a la deriva en mitad del océano en una pequeña balsa de madera, tras una gran tempestad.

El náufrago estaba tan agradecido a su salvador que le dijo:

- No se arrepentirá de haberme salvado, ya que como pago por tan gran favor le contaré las historias más asombrosas y sorprendentes que nadie haya oído jamás y que sólo yo conozco.

El marino se llamaba Arturo, y por entonces era capitán de un barco mercante, el Estrella Polar, que hacía la ruta de Filipinas a Inglaterra por el cabo de Hornos. Como era joven y curioso, contestó:

- De acuerdo, escucharé sus historias, pero solamente podrá contármelas aquellas noches que esté libre de guardia y hasta que llegemos a puerto en mi próxima escala, donde tendré que desembarcarle puesto que el Estrella Polar no es un barco de pasajeros sino de carga.

A lo que el náufrago, sonriendo enigmáticamente, replicó:

- Estoy seguro de que cuando usted haya oído la primera historia deseará que le acompañe durante toda la travesía para escuchar muchas más.

Pasaron varios días y el capitán, dadas sus muchas obligaciones, se había olvidado casi por completo del náufrago. Por eso se sorprendió cuando, estando descansando en su camarote la primera noche en que estaba libre de guardia, oyó unos golpecitos en la puerta. Era el náufrago. El capitán le permitió pasar al camarote al recordar la promesa que le había hecho.

- Adelante, -dijo- siéntese usted y relátame una de esas historias tan asombrosas que dice conocer.

Y encendiendo su pipa con calma, se dispuso a escuchar.

*- Muchas gracias por su amabilidad señor capitán -contestó el náu-
frago-. Verá, primero le diré quién soy y como he llegado hasta aquí
antes de narrarle mi primera historia.*

*Me llamo Altair y nací en una aldea de esquimales, donde el sol de
medianoche. Allí el clima es muy duro y la noche se prolonga varios
meses. No conocí a mis padres y me crió Nunki, un viejo en cuya
puerta me dejaron. Nunki, mi padre adoptivo, me enseñó todo lo
que ahora sé hacer. Pero además de enseñarme a orientarme en el
mar de hielos, a poner trampas para cazar y de construir anzuelos
de hueso para pescar, me contaba en las largas veladas invernales,
cuando afuera rugía el viento y la nieve cubría nuestra cabaña, his-
torias y leyendas de su pueblo, que a él le había contado su padre
y a éste su abuelo y así durante incontables generaciones. Muchas
de las historias que me relató parecen increíbles y por eso no las he
contado nunca a nadie, porque no quiero pasar por mentiroso.*

*Pero un día murió mi padre adoptivo, y vencido por la tristeza de la
soledad decidí abandonar mi aldea. Llegué a un pequeño puerto, cuyo
nombre no recuerdo, donde me embarqué para visitar otras tierras.
Pero a mitad de la travesía, nos sorprendió una enorme tempestad
y nuestro frágil barco naufragó. Gracias a las enseñanzas de Nunki*

me salvé. Me até a un tronco antes de que se hundiese el barco y así, cuando el barco y su tripulación desaparecieron bajo las aguas, me quedé flotando amarrado al tronco. Luego, logré sujetar unas pocas tablas con unas cuerdas y hacer una pequeña balsa en la que permanecí a la deriva varios días. Cuando ya estaba desesperado por el frío y la sed, y pensaba tirarme al agua para abreviar mi agonía, apareció milagrosamente su barco y usted mandó que me subiesen a bordo. Y esto es todo por lo que a mí se refiere. Y sin más preámbulos le contaré una historia tal como a mí me la contó Nunki.

Así me habló una noche:

Hijo, la historia que te voy a contar quiero que la conserves siempre en tu memoria, porque te será muy útil si la recuerdas en ciertos momentos de tu vida. Sucedió hace ya mucho, mucho, muchísimo tiempo, en aquellos lejanos tiempos en los que los animales podían hablar entre ellos y también con los hombres y había una gran armonía en la naturaleza. El mar estaba rebosante de todo tipo de animales y la vida bullía por doquier.

Un día, una gaviota que estaba volando cerca de la costa, vio bajo ella en el agua algo que llamó su atención y volvió con rapidez a la colonia para comunicar a sus compañeras la gran noticia.

- Daos prisa y volemos hasta la Cala Oscura, ya que he visto que una mamá ballena acaba de tener un hermoso bebé- dijo la gaviota muy excitada y ufana.

- ¿Cómo, dónde, porqué? - dijeron atropelladamente varias gaviotas.

Pero la primera no contestó y se lanzó a volar hacia el mar. Todas las gaviotas levantaron el vuelo y la siguieron hasta llegar al lugar conocido como la Cala Oscura.

Se conocía por ese nombre una cala de aguas oscuras, muy profunda y a la que era muy difícil llegar tanto desde tierra como desde el mar. Estaba muy resguardada, ya que por la parte de tierra estaba cerrada por un altísimo acantilado, de rocas casi negras, y por la parte del mar la defendían muchos islotes formados por rocas desprendidas del acantilado y multitud de bajíos y arrecifes. Era casi imposible que los barcos entrasen en ella ya que solo comunicaba con mar abierto por un estrecho canal zigzagueante. El que esa cala estuviese tan escondida había sido el motivo por la que la había elegido la mamá ballena para traer al mundo a su hija. En efecto, era una hembra, hermosa y robusta. La mamá ballena, que se llamaba Bellatrix, estaba contemplando a su retoño, cuando al levantar la



vista vio una gran cantidad de gaviotas y cormoranes que se posaban en las rocas cercanas.

La gaviota que parecía dirigir el grupo se dirigió muy educadamente a Bellatrix:

- Señora ballena, en nombre de todas las gaviotas de esta costa le doy la enhorabuena por una hija tan hermosa como la que ha tenido y le deseamos que tenga una larga vida y que sea muy feliz y dichosa.

- Muchas gracias señora gaviota, le agradezco su buenos deseos que ojalá se hagan realidad -contestó Bellatrix-. Ya sabe que nosotras las grandes ballenas, por nuestro gran tamaño y corpulencia tenemos problemas pues los hombres nos matan para utilizar nuestra carne, grasa y ballenas y por ello no podemos vivir tranquilas, siempre tenemos que estar vigilantes y especialmente cuidar de los bebés y los jovencitos para que no corran peligros. Así que mi hija y yo nos iremos de aquí enseguida, en cuanto ella tenga fuerzas suficientes para seguirme, pues pudiera ser que algún barco ballenero estuviese por esta región.

- ¿Y qué nombre piensa ponerle usted a su hija? - preguntó una de las gaviotas, la más curiosa y parlanchina.

- Mire esas tres manchas blancas que tiene alineadas en la cabeza; recuerdan unas estrellas muy conocidas. He pensado llamarla Mintaka que es el nombre de una de ellas, y que a mi me parece muy bonito - contestó la mamá ballena.

Todas las gaviotas estuvieron de acuerdo en que el nombre era muy bonito y acertado y como ya no tenían nada más que preguntar se despidieron de la recién nacida y de su madre y se volvieron por donde habían venido, mientras que los cormoranes, se lanzaron al agua a bucear para buscar los peces que son su alimento.

Pasó el tiempo. Mintaka crecía muy deprisa ya que la leche de ballena es muy nutritiva, y no se separaba nunca de su madre que la había advertido de los peligros que podía correr una cría de ballena si se perdía. Podían matarla las orcas, o ser golpeada por un barco. Así que Mintaka estaba siempre atenta a las indicaciones de su madre, de la que aprendía todas las cosas que le son necesarias a una ballena. Una de las primeras lecciones que le dio su madre fue como distinguir, de entre los diferentes barcos, el más temible para las ballenas, el barco ballenero.

- Atiende muy bien a lo que te voy a explicar porque es muy importante. Los barcos más peligrosos para nosotras son los que llaman

“balleneros”. Para distinguirlos de los demás barcos tienes que ver si en cubierta destaca un palo muy alto y en la parte de arriba de ese palo hay algo parecido a un tonel o cesta, porque allí se coloca el vigía, que está encargado de vigilar continuamente el mar. Cuando avista una ballena, grita con fuerza para alertar a los marineros que inmediatamente se preparan para subir a las lanchas. Pues has de saber que cada ballenero lleva consigo varias lanchas, que son las que nos cazan. Tras el aviso del vigía, muy pronto están en el agua las lanchas, cada una con varios marineros que reman con fuerza para acercarse a la ballena. El más peligroso de todos los marineros es el arponero, erguido en la parte delantera de la lancha, y que cuando ya está cerca, arroja los arpones a la ballena. El arpón es una cosa terrible. Es un hierro muy aguzado que va sujeto en el extremo de una vara de madera muy larga y que está atada con una cuerda muy fuerte a la lancha. Si un arpón se clava en una ballena, está perdida, queda unida por el arpón y la cuerda a la lancha y aunque intente escapar es imposible. Por ello, si ves un barco ballenero, no te vuelvas para mirarlo por segunda vez, aléjate de él lo más deprisa que puedas.

Y de esta forma, Mintaka aprendió a distinguir los barcos que cazaban ballenas, de las otras clases de barcos. Aunque para una joven ballena no era conveniente curiosear ni acercarse a ningún barco aunque no se dedicase a la caza de ballenas.

Estaba un día Mintaka descansando tras una buena sesión de juegos como saltar fuera del agua, golpear con las aletas, tumbarse de lado, cuando su madre se acercó a ella para decirle:

- No juegues más por hoy y descansa, ya que debes estar preparada para nadar sin parar durante muchos días.

Mañana emprenderemos un largo viaje hacia los mares del norte, y necesitarás todas tus fuerzas para llegar hasta allí. Durante todo el viaje debes estar muy atenta a lo que yo te diga ya que este viaje es peligroso para una pequeña ballena. Y dentro de unos meses volveremos otra vez aquí.

Mintaka, que era muy inteligente, quería saber siempre los motivos para hacer las cosas. Así, que de inmediato preguntó:

- ¿Mamá, porqué tenemos que hacer ese largo viaje hacia el norte, si en unos meses vamos a regresar aquí?

- Pues porque siempre lo hemos hecho así. Nuestra estirpe de ballenas desde que tenemos memoria, ha realizado este gran viaje hacia los mares del norte en una época del año, para regresar de nuevo hacia el sur al cabo de unos meses. Yo hice mi primer viaje con mi

madre y otros parientes hace ya muchísimo tiempo y ningún año he dejado de hacer ese viaje de ida y vuelta.

Mintaka quedó bastante satisfecha con la explicación pero como quería saber algo más sobre el viaje le dijo a su madre si le permitía preguntarle a un abuelo suyo, de nombre Aldebarán, y que entre la familia de ballenas pasaba por ser un gran sabio. Cuando su madre le dio permiso, Mintaka se acercó a su abuelo y le preguntó:

- ¿Abuelo, porqué tenemos que hacer ese largo viaje hacia el norte todos los años y luego volver aquí otra vez?

Y el abuelo Aldebarán replicó:

- Me parece una pregunta muy oportuna y te voy a explicar la razón de nuestros grandes viajes en el océano. El mar es muy diferente de unos lugares a otros y también cambia mucho de una época del año a otra. Pero nosotros conocemos muy bien cuales son los sitios del mar más favorables para alimentarnos, y cuales son los más adecuados para dar a luz y criar a nuestros bebés. Por eso en una época del año conducimos a nuestras familias a las aguas del norte cuando están repletas de los animalitos que son nuestro alimento, y de esta forma comemos mucho durante unos

meses para ganar en peso y fuerzas. Con ello acumulamos grandes reservas en nuestro cuerpo, reservas que nos vendrán muy bien para cuando el alimento se haga escaso, ya que entonces viviremos de esas reservas acumuladas. Y volveremos a este lugar, en el que has nacido, para que las mamás tengan sus bebés. Por lo tanto, tenemos que ir de un sitio a otro del océano, en busca de los lugares donde abunda nuestro alimento y de los mejores parajes para el nacimiento y la crianza de los bebés.

Mintaka quedó muy satisfecha con estas explicaciones de su abuelo y se sintió muy orgullosa de tener un pariente tan sabio.

Al día siguiente, según los planes previstos por el jefe de la familia, se pusieron en marcha hacia el lejano norte. Pasaron varios días sin novedad hasta que una tarde, Mintaka se distrajo al ver pasar unas grandes medusas y se entretuvo nadando y jugando un rato junto a ellas. Estaba desobedeciendo las estrictas normas que le había dado su madre, que permanecía con el resto de la familia. Y entonces, sucedió algo imprevisto que pudo acabar en tragedia. Cuando Bellatrix ya se estaba inquietando porque no sabía donde estaría su hija, vio desde muy lejos un barco ballenero del cual arriaban dos lanchas. No veía a Mintaka por ningún lado pero una de las lanchas se dirigía ya a toda velocidad hacia un pequeño surtidor de agua que

destacaba en la tranquila superficie y que inmediatamente comprendió era el que hacía Mintaka al respirar. Quedó tan paralizada por el pánico que no supo que hacer. Entretanto, la lancha llegó muy cerca de Mintaka que seguía jugando con las medusas. Mintaka se sobresaltó cuando oyó la voz de un marinero que decía:

- Aunque es muy pequeña, y para nosotros tiene poco valor, nos servirá para atraer a su madre que seguramente estará por aquí cerca. Cuando vea herida a su hija vendrá para ayudarla y entonces la cazaremos.

Y Mintaka alzando la vista vio al arponero con el brazo levantado asiendo con fuerza el arpón, a punto de lanzarlo contra ella.

Mintaka pensó rápidamente un plan para salvarse. Así que se dirigió al arponero en estos términos:

- Señor arponero, ya sé que su obligación es clavarme ese arpón y matarme, pero soy muy pequeña y no tengo ningún valor para ustedes. Estoy sola porque soy huérfana, así que aunque me atraviere con el arpón ninguna madre vendrá en mi ayuda pues ya no tengo madre. Por el contrario, si no me mata y me deja marchar, le prometo que algún día le recompensaré por su buena acción.



Mintaka oyó las risotadas de los marineros, uno de los cuales decía al arponero:

- Orión, ¿has oído? Te pide que la dejes marchar.

Orión, el arponero, estaba confuso. Nunca en su vida le había sucedido algo parecido y no sabía qué hacer. Era lo suficientemente rudo

como para no sentir ninguna piedad por la pequeña ballena, y como era cierto que era tan pequeña que el aceite que sacaran de ella apenas llenaría un candil, se creyó lo de que era huérfana. Por tanto, no tenía sentido arponearla, ya que no vendría a auxiliarla su madre, que era a la que querían cazar, a una gran ballena que diese muchos barriles de aceite. Así que Orión decidió no arponear a la ballenita y dejarla marchar aunque los demás marineros se indignaran y le insultaran. No lo pensó más, no fuese que los otros marineros le obligasen a tirar el arpón, y antes de arrepentirse de su decisión, dijo con voz potente:

- De acuerdo, ballenita, vete lo más deprisa que puedas y no te olvides de tu promesa.

Cuando la lancha viró y se alejó en dirección al barco ballenero que estaba bastante apartado aguardando la llegada de las lanchas, Mintaka pudo oír durante un rato los gritos e insultos que le dedicaban los marineros a Orión.

Mintaka, loca de contento se reunió con su madre que aunque estaba muy alegre por el desenlace, la riñó varias veces por la distracción que pudo costarle la vida. Y toda la familia siguió sin más problemas el largo viaje que habían emprendido unas semanas antes.

Pasaron varios años y Mintaka se convirtió en una hermosa ballena adulta que conocía a la perfección todos los secretos del océano, los mejores lugares para descansar, comer, y jugar, pues las ballenas juegan mucho entre ellas. Ya había recorrido varias veces la ruta del norte y el sur y su familia la seguía pues sabía de su prudencia y conocimientos.

Una tranquila mañana de primavera, cuando Mintaka estaba conduciendo a toda su familia en su lento viaje hacia el norte, vio muy lejos a un gran cachalote macho y sabiendo que son animales peligrosos y pendencieros se apartó para no tropezar con él. Al empezar la tarde apareció en el horizonte un barco ballenero que al avistar al gran cachalote se preparó para cazarlo. Desde muy lejos Mintaka siguió atentamente la carrera de dos lanchas y vio como el cachalote luchaba bravamente contra la primera lancha ballenera que se acercó a su costado. Cuando el cachalote sintió el primer arpón clavarse en su cuerpo, se revolvió con fiereza y sacando su enorme cola del agua, golpeó con tremenda fuerza a la lancha, que quedó destrozada por el golpe. Todos los hombres cayeron al agua y el cachalote, aunque herido, pudo huir de allí. La segunda lancha se acercó al lugar de la lucha y recogió a los marineros heridos, regresando de inmediato al barco ballenero. Pero no repararon que entre los restos de la destrozada lancha había quedado el arponero, que malherido por el golpe del cachalote apenas sacaba la cabeza

del agua. Mintaka, que era curiosa, se acercó poco a poco al lugar donde flotaban los restos de la lancha. Y cual no sería su sorpresa cuando reconoció en el arponero herido a Orión, que agarrado a una tabla, estaba sangrando por varias heridas. Orión sabía que no podría resistir en el agua mucho tiempo sin hundirse pues apenas podía mover las piernas. Estaba condenado a morir. Además y para empeorar la situación estaban acudiendo al olor de la sangre varios tiburones que empezaron a nadar cada vez más cerca, esperando un desfallecimiento del herido para comérselo. Era solo cuestión de tiempo y los tiburones no tenían prisa. Nadaban rozando con sus aletas las piernas del arponero como si quisieran ponerle nervioso para que se soltase de la tabla. Entonces Mintaka recordó su promesa.

Se acercó a Orión, al que se le iban agotando las pocas fuerzas que le quedaban. Orión reconoció de inmediato a Mintaka por las manchas blancas en la cabeza y sonrió débilmente. Mintaka dio un par de grandes coletazos en el agua para espantar a los tiburones, que huyeron despavoridos ante la presencia de la gran ballena. Y luego dijo a Orión:

- Arponero, hoy tendrás la recompensa por tu buena acción de hace años. Ya que estoy viva gracias a tu generosidad, cumpliré mi promesa y te salvaré. Sube a mi lomo que te llevaré hasta una playa

cercana donde podrás encontrar a personas que te ayudarán y curarán tus heridas.

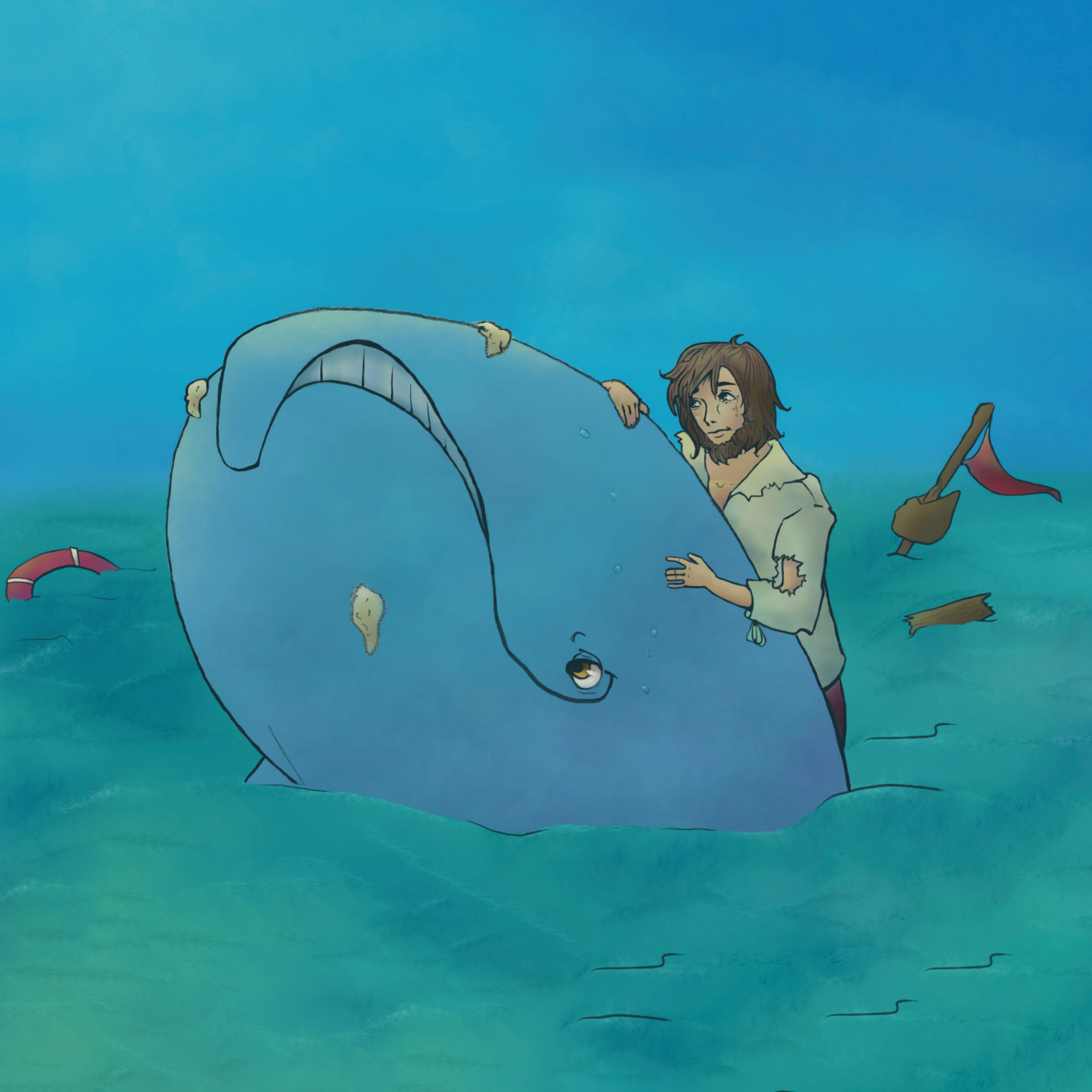
Orión no se lo pensó dos veces y aunque con mucho trabajo logró encaramarse al lomo de la ballena que nadando muy despacio llegó a una playa donde dejó a su pasajero, el cual, una vez en tierra, dio gracias a Dios por la sabia decisión que había tomado varios años antes de perdonar la vida a la pequeña ballena, porque con aquella decisión, había salvado su propia vida. Y en pago por la lección que había recibido, Orión dejó de arponear ballenas y se dedicó a ir de puerto en puerto contando su aventura para que los cazadores de ballenas dejasen de matar tan espléndidos animales.

Altair dejó de hablar. El capitán lo estaba contemplando con ojos brillantes, muy pensativo. Altair preguntó:

-¿Y bien capitán, que le ha parecido mi relato? Y el capitán respondió:

-Es la mejor historia que he escuchado en mi vida. Y además destaca su moraleja: Toda buena acción tiene su recompensa.

Altair no dijo nada. Dio las buenas noches al capitán y salió del camarote sonriendo satisfecho.





La nutria sabia

Habían pasado varios días desde que Altair el náufrago contase la historia de la ballena agradecida. Por las noches y según su costumbre, Arturo, el capitán del Estrella Polar, fue transcribiendo el cuento a un nuevo cuaderno. Cuando terminó de escribir lo leyó varias veces y quedó pensativo. Reflexionaba que cuando atracasen en el próximo puerto, tendría que comunicar a las autoridades que había rescatado a un náufrago y éste se quedaría en tierra. Y si Altair se marchaba no podría contar otras historias, las que según dijo le narró su padre adoptivo Nunki. Y sentía mucho no llegar a conocerlas porque seguramente serían tan extraordinarias como la primera.

También le entristecía que Altair pudiese decidir no contar nunca más sus cuentos a nadie, ya que se perderían para siempre unas historias sorprendentes. Y aunque decidiese contar esas historias a otra persona, ¿cómo se enteraría él, Arturo, siempre en el mar y sin apenas contactos con tierra? Consideraba que sería una gran desgracia que tales relatos se perdiesen. Por ello el capitán meditaba como lograr que Altair se quedase a bordo durante el tiempo suficiente para contar sus historias. Pero si los armadores del Es-

trella Polar se enteraban de que llevaba a bordo un náufrago como polizón podían despedirle. El dilema le tenía pesaroso y pensativo. Finalmente, tras varios días de nervios y zozobras, aunque siempre atento a su misión de gobernar el barco, tomó una decisión y eso le tranquilizó.

Esa misma noche, libre de guardia, el capitán mandó llamar a Altair a su camarote y le dijo:

- Escuche, Altair, quedan pocos días para que atraquemos en puerto y no puedo hacer otra cosa que cumplir con mi obligación, que es la de comunicar a las autoridades que llevo a bordo a un náufrago. Usted como único superviviente, puede dar testimonio de cómo ocurrió aquel naufragio. Por ello y como tenemos ya poco tiempo, le ruego me cuente otra de sus historias, ya que la primera que me contó me agradó tanto que la he transcrito a un cuaderno en el que pienso reunir las todas.

Altair se sintió algo confuso. La vida que había llevado en una aldea perdida y muy alejada de la civilización, no le había permitido conocer lo complejo que es vivir en una sociedad que tiene infinidad de normas. Pensaba de modo casi infantil que el capitán tenía suficiente poder como para decidir que continuase a bordo. Pero cuando el propio capitán, por el que sentía un gran respeto, le dijo

que debería quedarse en tierra, se sintió triste aunque se repuso inmediatamente y contestó decidido:

- Muy bien, señor capitán, aunque no quiero bajar del barco al llegar a puerto, lo haré. Creo que podré relatar al juez en menos de una hora como ocurrió el naufragio. Y después, supongo que quedaré libre para ir donde me plazca. Si a usted le parece bien, volveré al Estrella Polar para estar todo el tiempo que necesite para contarle mis cuentos, mejor dicho, los cuentos de mi padre Nunki.

El capitán sospechó que aunque Altair hiciese su relato en una hora, el juez no le dejaría volver a bordo inmediatamente sino cuando las autoridades comprobasen que aquel relato era cierto y, por supuesto, que Altair no había tenido nada que ver con la pérdida del barco. Calculaba que tales trámites podían tardar meses. Y para entonces el Estrella Polar al mando de Arturo ya estaría navegando a muchas millas de aquel puerto; la escala prevista era de tres días, suficientes para descargar las mercancías que llevaba y cargar otras.

Pero el capitán no quiso desanimar a Altair y contestó:

- De acuerdo, cuando termine su testimonio ante el juez, tendré mucho gusto en admitirle a bordo, e incluso podré contratarle como marinero, pero ahora le ruego que me cuente otra de sus historias.

Y encendiendo su pipa se sentó en un sillón para escuchar cómodamente el relato.

Entonces Altair inició su nuevo cuento.

- Hijo, -me dijo Nunki un día que estaba nevando y no podíamos hacer nada fuera de la cabaña- pon toda tu atención en la historia que te voy a narrar porque sucedió hace ya mucho, mucho, muchísimo tiempo, en aquellos lejanos tiempos en los que los animales podían hablar entre ellos y también con los hombres y toda la naturaleza vivía en gran armonía.

Te voy a contar la historia de Vega, una nutria de mar.

Vega era una nutria que como todas las nutrias de su especie había nacido en el mar, muy cerca de la costa, en un lugar lleno de grandes algas, que crecían desde el fondo hasta la superficie, tan altas y tupidas que formaban como un bosque submarino. Nada más nacer se quedó flotando en el agua, de espaldas, mientras su madre, que se llamaba Gemma, se sumergía para bucear en busca de algo para comer ya que estaba hambrienta después de haber tenido a su hija.

A los pocos días de nacer, Vega además de la leche de su madre, ya recibía pedacitos de las almejas, peces, cangrejos y calamares

que cogía Gemma que de esta manera la iba familiarizando con el alimento que es propio de las nutrias. Vega pasaba todo el tiempo junto a su madre, y se subía encima jugando. Y cuando Gemma buceaba para coger peces o cangrejos para comer, Vega se quedaba en la superficie del agua, flotando de espaldas, esperando que saliera su madre a la que llamaba enseguida con su vocecita suave para no llamar la atención de ningún enemigo. Además de los juegos, Vega, que cada día era más curiosa y observadora, veía como su madre tras la comida se aseaba y peinaba el pelo para tenerlo siempre muy limpio y así, viendo como lo hacía su madre, Vega aprendió a hacer su propio aseo personal.

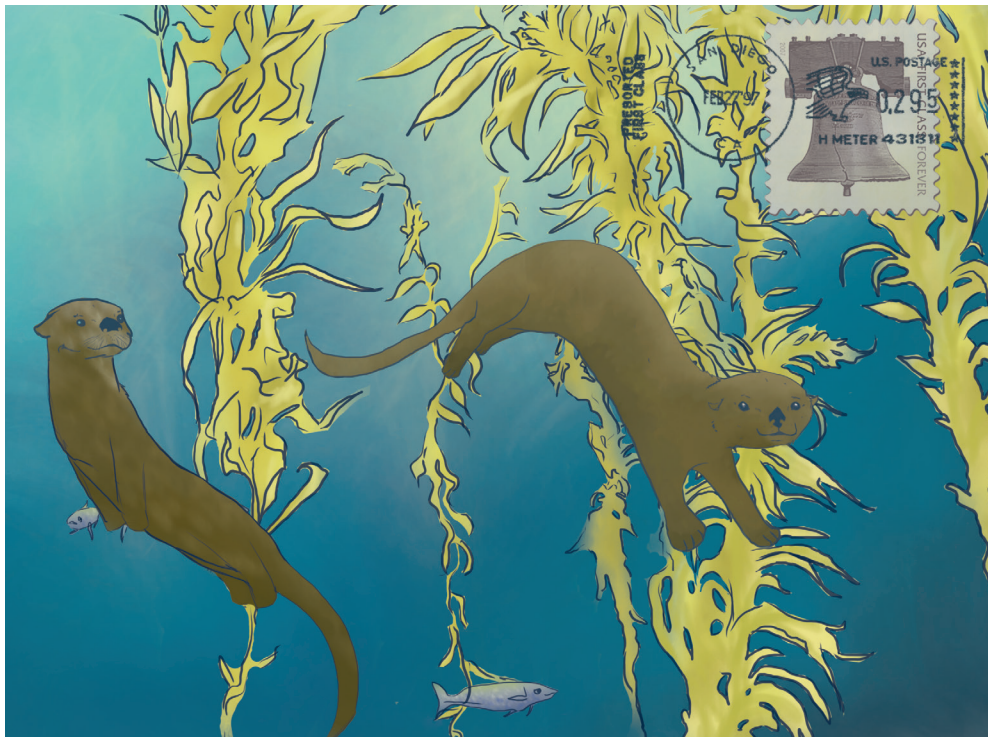
Cuando habían pasado dos meses, una mañana en que el mar estaba muy tranquilo y brillaba el sol de principios de verano, la madre dijo a Vega:

- Hoy empezarás con tus lecciones de buceo. Ya sabes nadar muy bien en la superficie pero una nutria tiene que buscar su alimento debajo del agua, en el fondo, así que te enseñaré como se hace. Y también te enseñaré a distinguir los alimentos buenos de los malos que no debes recoger. Así que ¡sígueme!

Y diciendo esto se lanzó a bucear hasta varios metros de profundidad. Vega la siguió y se sorprendió de lo bonito que era el pai-

saje submarino. Parecía que había entrado en un bosque mágico iluminado con una difusa luz azulada. En ese bosque formado por algas, los enormes talos amarillentos subían rectos hasta la superficie y entre lo que parecían grandes hojas verdosas nadaban muchos pececillos y otros pequeños animales. Y en el fondo, a unos veinte metros de profundidad había gran cantidad de piedras que estaban cubiertas por una masa confusa de otras algas pequeñas y de animalillos marinos muy diferentes que Vega no conocía. Algunos animales tenían forma de abanico, otros de pequeños vasos o copas y casi todos parecían vegetales más que animales porque estaban quietos y firmemente sujetos a las rocas. Algunos se balanceaban con la corriente. Estaba contemplando con admiración aquella belleza que hasta entonces no supo que estaba allá abajo mientras ella nadaba, descansaba o jugaba en la superficie, cuando sintió que le faltaba el aire e instintivamente nadó a gran velocidad para llegar arriba. Su madre la siguió y dijo enfadada:

- Ten cuidado y no te distraigas mirando el paisaje porque puedes ahogarte. Hija, aunque eres una nutria de mar, recuerda que tienes pulmones y que necesitas aire y por ello sólo puedes estar sin respirar bajo el agua un ratito. Lo que tienes que hacer es mirar todo lo que yo hago para aprender, y ya tendrás tiempo de admirar esos jardines submarinos cuando seas mayor.



Eso se lo decía la madre a Vega pues como las nutrias no van al colegio, todo lo tienen que aprender de sus madres. Y si las nutrias pequeñas son distraídas y no aprenden, pueden morirse de hambre ya que no sabrán distinguir los animales comestibles de los que no lo son, ni aprenderán las maniobras para coger cangrejos o calamares

u otros animales. Además, algunos de ellos como las almejas y los erizos tienen una concha muy dura que hay que romper golpeándola con una piedra y tienen que ver a su madre hacerlo; si no lo ven, nunca lo sabrán hacer.

Así que volvieron a sumergirse y Vega se admiró de lo rápida que era su madre persiguiendo a un pez hasta que lo atrapó y con el pez bien sujeto subió a la superficie donde se lo comió y dio un pedazo a Vega. Luego le llegó el turno a Vega pero como era inexperta, aunque nadó tras los peces tan aprisa como pudo, no logró atrapar ninguno. Al fin, cuando ya desesperaba de coger algo para comer, vio en el fondo detrás de una piedra una especie de pelota oscura erizada de espinas. No sabía lo que era aquello y salió a preguntar a su madre, que le dijo:

- Es un erizo. Es muy bueno para comer, pero tienes que tener cuidado y no pincharte con sus espinas. Ya te enseñaré como se las puedes quitar con facilidad. Llévame hasta él y lo verás.

Y dicho y hecho. Vega iba muy orgullosa guiando a su madre hacia el lugar donde creía que estaba el erizo pero cuando llegó ¡allí no había nada! Se había equivocado. No había tenido la precaución de memorizar las piedras y las algas cercanas al erizo para poder encontrarlo de nuevo. Sin embargo, su madre lo localizó tras una cor-

ta búsqueda y con gran habilidad lo empujó e hizo rodar y en poco tiempo no tenía una sola espina. Así que Gemma lo recogió y llevó a la superficie. Allí se quedó flotando de espaldas en el agua mientras se ponía sobre el pecho una piedra que también había cogido en el fondo.

- Mira - dijo la madre a Vega- he cogido esta piedra para romper el caparazón del erizo.

Y sujetando el erizo con sus patas delanteras le dio tres o cuatro golpes contra la piedra hasta que rompió la cáscara con lo que se pudo comer lo que había dentro, que era un alimento de gran calidad.

Al final del día, Vega había aprendido bastantes cosas aunque aún le faltaba mucho por aprender. Pasó casi un mes de intenso aprendizaje. Lo mejor de todo era que se le iba agudizando el espíritu de observación y que aumentaba su curiosidad, por lo que cada día que pasaba era más capaz de hacer las cosas sola sin ayuda de su madre. Ya podía buscar su comida y encontrar sitios para jugar o descansar de su ajetreo diario. Aprendió que el agua tenía fuertes corrientes que la llevaban de un lado a otro y que si no se sujetaba a algo fijo, la corriente la arrastraba muy lejos y tenía que hacer un gran esfuerzo para regresar donde estaba su madre. Al fin descubrió que podía dormir tranquilamente sin riesgo de ser arrastrada por

la corriente cuando observó a otra nutria vecina suya y pariente de su madre, llamada Capella, que se quedaba dormida entre las algas envolviéndose con ellas y así, como las algas estaban sujetas al fondo, la corriente no se llevaba a la nutria que estaba siempre en el mismo sitio. Y como esta observación le fue tan provechosa, acrecentó el interés de Vega por aprender, observar y conocer todo lo que la rodeaba.

Una mañana en que una densa niebla cubría la costa y el océano, estaba descansando junto a su madre cuando escuchó unos ruidos raros, como pequeños golpes en el agua que se repetían de un modo rítmico. Al poco tiempo, se les aproximó, silencioso como una sombra, algo que nunca había visto. Se movía lentamente en el agua y apenas se distinguía en la niebla. De repente sonó un chasquido y espantada vio como su madre se encogía y emitía un grito agudo cuando una larga varilla de madera se le clavó en un costado. Vega se zambulló a toda prisa y buceó desesperadamente para alejarse de aquello que les había atacado. Sacó la cabeza del agua a pocos metros de donde se hallaba antes y vio como su madre, que estaba atravesada de costado a costado por la varilla, era izada a bordo de aquella cosa que flotaba por unos desconocidos animales cubiertos con pieles.

Oyó risas y exclamaciones de alegría de aquellos seres y unas palabras que nunca olvidaría:

- Esta mañana ha sido buena para la caza, las pieles que hemos conseguido son de primera calidad. Y ya es hora de regresar a la base- dijo uno de aquellos seres que Vega veía por primera vez.

Lentamente, aquella cosa se fue alejando en el agua, llevando dentro a su madre que para sorpresa de Vega no gritaba.

Al quedarse sola, Vega se asustó un poco aunque enseguida se sobrepuso y decidió que lo primero que debía hacer era averiguar qué había pasado. Así que se acercó hasta el lugar donde vivía la amiga de su madre y la encontró escondida en una pequeña cueva que se formaba entre las rocas.

- Hola Capella -saludó Vega- ¿qué haces ahí escondida? Ven aquí que tengo que preguntarte algunas cosas.

Y Vega le contó a su amiga lo que les había ocurrido un rato antes. Capella escuchó con atención el relato y luego dijo:

- Escucha Vega, lo que ha ocurrido es lo que más teme una nutria de mar y es la llegada de la temporada de caza. Ya me temía algo así desde que ayer por la tarde vi llegar a unos hombres que parecían cazadores y que pusieron su campamento muy cerca de aquí. Por ello me escondí, para evitar que los cazadores, que acostumbran a salir

de caza de madrugada, me viesen. Eso que se desliza silenciosamente sobre el agua es una canoa y dentro van dos o tres cazadores. Usan un arma que llaman arco y que lanza las flechas que son una varillas de madera con punta de hierro y que atraviesan a la pobre nutria. A tu madre la han matado y se la llevarán hasta su campamento aunque no se muy bien para qué. Tendrás que preguntar a un macho viejo y experimentado que se llama Deneb que seguramente lo sabrá.

Y muy preocupada por la posibilidad de ser vista por los cazadores si regresaban en su canoa, Capella se fue para alejarse lo más posible del campamento que los cazadores tenían en un lugar próximo, junto a la orilla. Vega se había quedado sola. Aunque sabía ya bastantes cosas, la muerte de su madre interrumpía su aprendizaje, que en una nutria puede durar varios meses, pero como había desarrollado mucho sus dotes de observación razonó que si hacía bien todo lo que había aprendido podría salir adelante. Pero ahora su mayor preocupación era saber porqué los cazadores perseguían y mataban nutrias. Se acercó al lugar donde vivía un grupo de nutrias y preguntó por Deneb, que tenía mucha fama entre las nutrias. Unos años antes y a pesar de que unos cazadores le habían herido con una flecha, había logrado huir ya que los despistó escondiéndose en una charca llena de rocas y algas que quedaba en la orilla en marea baja, mientras sus perseguidores, a bordo de la canoa, lo buscaban en el agua y no en las charcas de la orilla. Deneb, gracias

a aquella huida, era quién más sabía de cazadores y los modos de librarse de ellos. Vega le preguntó:

- Deneb, ¿qué mal hemos hecho a los cazadores para que quieran matarnos y llevarnos a su campamento?

Pero Deneb no supo responder a esa pregunta y sólo le pudo decir que creía que las nutrias tenían algo que interesaba mucho a los cazadores. La curiosidad de Vega no quedó satisfecha. Necesitaba saber porqué los hombres cazaban nutrias, sin que éstas les hubieran hecho ningún daño, así que después de comerse un gran cangrejo para reponer fuerzas, fue nadando a lo largo de la costa hasta llegar a otro lugar habitado por nutrias. Allí hizo la misma pregunta a varias nutrias con las que se cruzó:

-¿Sabéis porqué los cazadores de nutrias nos persiguen y matan?

Pero ninguna de las nutrias le pudo dar una respuesta satisfactoria. No se desanimó Vega por ello y siguió adelante en su viaje a lo largo de la costa y a todas las nutrias que encontraba les hacía la misma pregunta pero jamás escuchó una respuesta convincente. Al cabo de varias semanas de viaje llegó a un gran puerto. Entró en él y se acercó hasta el muelle. Había oscurecido y no se veía a nadie cerca, así que subió unas escaleras y al llegar arriba vio un perro. Aunque

era el primer perro que veía, lo reconoció al instante por la descripción que le hizo su madre de los animales domésticos. Le preguntó sin acercarse mucho:

- Hola, perro, ¿me puedes decir quién eres y cómo se llama este sitio? Me parece que me he perdido después de nadar durante muchos días. Yo me llamo Vega, y soy una nutria de mar.

El perro se sorprendió al ver una nutria viva y contestó:

- Yo me llamo Proción y estamos en la ciudad de San Francisco. Ya sé que eres una nutria; yo he visto muchas en mi vida. ¿Y que asunto te trae por aquí tan lejos de tu hogar?

Vega contestó muy apenada:

- A mi madre la mataron unos cazadores hace poco tiempo y desde entonces estoy viajando de un lugar a otro para enterarme porque los cazadores de nutrias nos persiguen para matarnos. Lo único que he logrado averiguar es que las nutrias de mar tenemos algo que les interesa mucho a los hombres.

Proción se echó a reír. Y como vio que Vega se enfureció por su risa, se disculpó:



- No creas que me estoy riendo de que los cazadores hayan matado a tu madre, es que me hace gracia que aún no sepáis lo valiosas que sois para los seres humanos. Ya que quieres saberlo, te diré que vuestro valor está en la piel. Las peleterías guardan como un joya vuestras pieles. ¿No sabes que se las ha llegado a llamar “soft gold” por su precio? Los mejores abrigos y los más caros que llevan las personas más ricas están hechos con piel de nutria de mar. Y te diré algo más. No defiendo que os cacen, pero lo comprendo ya que tenéis un pelaje maravilloso. De todos los animales que se conocen, vuestra piel es la que está cubierta con el pelo más fino y abundante. Te lo digo yo que entiendo mucho de pieles, pues mi amo es peletero y un hombre muy rico.

- Así que nos matan -dijo con amargura Vega- para quitarnos la piel que luego usan para hacer abrigos y gorros. Bien triste es nuestro destino por haber nacido con una piel muy bien protegida por un pelo tan suave y sedoso. ¿Crees que podremos hacer algo para evitar que los humanos sigan cazándonos?

Y Proción bajando lentamente la cabeza dijo con voz triste:

- Me temo que no podéis hacer nada, querida Vega, mientras tengáis esa piel tan codiciada por los hombres. Vuelve a tu hogar y

cuando lleguen los cazadores ocúltate lo mejor que puedas. Me apenaría ver un día tu piel entre las pieles de nutria que llegan al almacén de mi amo. Si estoy aquí en el muelle es porque esta tarde ha llegado un barco con un nuevo cargamento y he venido con mi amo para proteger la carga que ahora ya está en su almacén. Me quedé aquí para respirar un poco de aire fresco, ya que en el taller el olor es a veces nauseabundo. Pero ahora tengo que volver porque si estoy lejos mi amo se pondrá furioso y me pegará unos latigazos.

Y dicho esto, Proción se fue caminando hacia el almacén de su amo.

Vega se lanzó al agua y durante días nadó sin descanso. Sólo se detenía para comer y reponer fuerzas, ocultándose siempre muy bien para no ser vista por nadie, ya que las nutrias, además de los cazadores, tienen otros enemigos que las persiguen, como las orcas y los tiburones.

Acabó su viaje cuando llegó a los bosques de algas que tan bien conocía. Lo primero que hizo fue ir de un lado a otra alertando a todas las nutrias para que se escondieran bien de los cazadores, que querían matarlas por su valiosa piel, cubierta por el más espeso pelo de todos los animales según le había dicho Proción.

Y desde aquel día estaba siempre alerta ante la presencia de cazadores por lo que durante largo tiempo logró esquivarlos. Pero al final ocurrió lo que parecía inevitable.

Un atardecer cuando el sol estaba ya muy bajo en el horizonte, al levantar Vega la vista se encontró con tres canoas que marchaban de retirada al campamento, cortándole el paso a la seguridad de una charca de la orilla, donde quería refugiarse. Reflexionó rápidamente que si lo que buscaban los cazadores era una buena piel y veían una que pareciese muy mala, la dejarían en paz.

Tenía que estropearse el pelaje. Así que con sus uñas arrancó fibras de las algas y las metió entre sus pelos y cogió otras algas que se puso por encima. En pocos momentos su pelaje presentaba un aspecto deplorable y Vega parecía más un vegetal que una nutria. Como además había poca luz, a los cazadores les fue difícil verla bien y uno de ellos cuando la observó dijo despectivamente:

- Vaya un pelaje más dañado y miserable que tiene esa pobre nutria; seguro que no vale ni la mitad de una de mis flechas.

Opinión que apoyó otro de los cazadores:

- Tienes razón, esa piel no vale nada. No haré el menor esfuerzo para matar a esa nutria, llevarla al campamento y desollarla. Vámonos que ya está bien por hoy.

Cuando los cazadores se marcharon, Vega se limpió con cuidado el pelo y se ocultó entre las algas para pasar la noche. Su tenacidad y curiosidad por saber le habían salvado la vida.

Y así acaba la historia de la nutria sabia tal como me la contó Nunki -concluyó Altair, que añadió:

- Nunki me hizo comprender que la nutria tuvo que superar muchísimas dificultades pero de todas ellas salió triunfante gracias a su tenacidad y a su sabiduría; el conocer perfectamente lo que querían los cazadores salvó su vida.

El capitán sonrió. Ya tenía otra historia para transcribir a su cuaderno. Y dijo a Altair:

- Es un cuento muy instructivo. Y su moraleja es: Hay que ser tenaz y esforzarse para aprender y saber si queremos lograr un buen premio.

Y Altair se retiró dando las buenas noches.



La sirena prudente

El capitán seguía decidido a que Altair le contase más historias antes de que abandonase el barco. Pero el Estrella Polar arribaría a puerto en dos días y él con tantas horas como pasaba diariamente en el puente o en las múltiples tareas que lleva mandar un barco, no tenía tiempo para escuchar relatos. Como no podía descuidar sus obligaciones, discurrió que su única posibilidad era escuchar las historias de Altair mientras almorzaba o cenaba en su camarote. Aunque esto tenía dos inconvenientes. Uno, que el primer oficial y el piloto se enfadarían y se lo tomarían como un desprecio cuando les dijese que ahora iba a almorzar y cenar solo, ya que siempre lo hacían juntos. Y el otro, que no tendría tiempo material de transcribir a su cuaderno las historias de dos días. Debería retenerlas en su memoria y aunque confiaba mucho en ella, era un reto al que nunca se había enfrentado. Corría el riesgo de olvidar nombres, hechos, confundir unas partes de un relato con otro, pero en cualquier caso, era necesario correr esos riesgos si quería que Altair le contase hasta siete cuentos antes de desembarcar. Se había fijado en ese número porque siempre le había gustado el siete, que le parecía el más enigmático de todos los números, aunque no sabía muy bien porqué. Así que ni corto ni perezoso, el capitán mandó llamar a Altair y cuando lo tuvo delante le dijo:

- Altair, desde hoy mismo, a las horas del almuerzo y de la cena, vendrá usted a mi camarote y si le parece bien, me contará alguna de las historias de Nunki. No tenemos tiempo que perder ya que en dos días atracaremos en puerto.

Altair asintió y se marchó muy contento, pues estaba seguro de que con sus historias se había ganado el afecto del capitán, que como era considerado un marino serio y riguroso por todos los capitanes que hacían la misma ruta, podría ayudarle con las autoridades una vez arribasen a puerto. Y pensando en cual de las historias de Nunki narraría al capitán durante el próximo almuerzo, se acordó de una que le contó una noche poco antes de quedarse dormido. Aún recordaba la sombra que proyectaba en la pared la cabeza de Nunki; parecía bailar al compás de la vela de sebo, que colgada del techo, se movía como un péndulo. Y quizás porque no se acordaba bien de la historia, creía que era la más singular y extraña de todas las que le contase su padre.

Al llegar la hora del almuerzo, muy temprano como es costumbre en el mar, Altair se dirigió al camarote del capitán que ya le estaba esperando. El camarero trajo la comida en una bandeja y se retiró. Mientras el capitán tomaba su almuerzo Altair sentado en una silla cercana empezó a hablar:

Esta es la historia que me contó una noche Nunki, del que recuerdo la sombra de su cabeza, que parecía bailar en la pared. Se acercó a mi cama y me dijo con su voz grave y profunda:

- Altair antes de que te duermas, te contaré la historia de una sirena que aceptó con gran entereza una terrible adversidad. La historia sucedió hace ya mucho, mucho, muchísimo tiempo, en aquellos lejanos tiempos en los que los animales podían hablar entre ellos y también con los hombres y toda la naturaleza vivía en gran armonía.

El capitán interrumpió a Altair:

- Supongo que la sirena del cuento será un manatí.

- Claro, claro, -respondió Altair- pero nosotros siempre decimos sirenas cuando nos referimos a los manatíes.

Y continuó:

La sirena Spica era la más prudente y precavida de todas sus hermanas y amigas. Formaba parte de un grupo numeroso de sirenas que se pasaban muchas horas al día buscando algas y otros vege-

tales que les servían de alimento. Spica estaba siempre atenta a cualquier cosa que sucediese cerca de donde estaban ya que aunque las sirenas no tienen enemigos entre los otros animales del mar, no pueden descuidarse nunca.

La madre de Spica se llamaba Alhena y había estado cuidándola durante más de dos años y por ello había tenido tiempo de enseñarle muchas cosas y contarle historias de la vida de las sirenas y del mar donde vivían. Siempre que podían, las sirenas marchaban en busca de aguas cálidas ya que son las que más les gustan. Para buscar las aguas cálidas, al llegar el invierno las familias de sirenas se movían a las aguas del sur y al llegar el verano subían hacia el norte.

Alhena le había contado a Spica que los hombres podían ser sus enemigos y por ello, todas las sirenas se ocultaban y rehuían a los barcos cuando pasaban cerca de donde se encontraban.

Alhena también le había contado muchas historias sobre sirenas. Le había dicho que los marinos conocían las sirenas desde la Antigüedad ya que navegaban por las aguas donde estaban. Pero como las veían desde los barcos y muy lejos, y las sirenas siempre se escondían, creían que eran seres malvados. Entre las historias que le

contó su madre a Spica había una de Homero, que fue un gran poeta griego. Homero escribió de las sirenas en uno de sus dos grandes poemas, en la Odisea, y dijo que eran enemigas de las navegantes a los que querían atraer a la costa cantando, ya que los hombres no podían resistirse a sus cantos. Pero Ulises, que era el héroe del poema y que iba con muchos hombres en el barco, no quería que las sirenas le atrajesen por lo que mandó que le atasen al palo mayor y aunque las oyó, no pudo abandonar el barco. Y para que sus hombres no pudiesen escuchar los cantos de las sirenas, Ulises les tapó los oídos con cera.

Alhena sabía muchas más cosas de las sirenas. Y recitaba de memoria las obras de literatura y los poetas y escritores que habían hablado de ellas. La lista era larga y en ella estaban Apolonio de Rodas, Plinio, Virgilio, Ovidio y Horacio. Todos cometían el mismo error que Homero, y las consideraban malvadas y sanguinarias o que tenían la parte superior del cuerpo de mujer y la mitad inferior de pez, con una gran cola.

Y Apolonio de Rodas, en un poema muy famoso que compuso sobre los argonautas, cuyo jefe se llamaba Jasón, y que eran los pasajeros de un barco llamado Argos, decía que gracias a la pericia y habilidad de Jasón, los argonautas habían podido escapar de las sirenas.



- Pero que se habrán creído estos hombres -decía malhumorada Alhena- ¿por qué tendrían que huir de nosotras si somos muy tranquilas y no hacemos daño a nadie? Sólo comemos algas y nunca probamos la carne.

Spica calmaba a su madre pues le gustaban muchísimo las historias que contaba. Se había hecho una idea de los hombres y quería

conocerlos mejor. Por ello le pedía a su madre que le contase más historias de sirenas y hombres y su madre la complacía.

- Verás, también hay algunos cuentos árabes que hablan de nosotras, y yo recuerdo uno que aparece en un libro que se llama Las Mil y Una Noches y que habla de dos sirenas que habían recogido unos pescadores y las tenían en una gruta. Dice ese cuento que eran dos maravillosas criaturas de largos cabellos ondulados como las olas, y la mitad del cuerpo era como de un pez, con cola y todo. También dice que tenían la voz muy dulce, y su sonrisa resultaba encantadora; la pena es que no hablaban ningún idioma conocido. Los pescadores regalaron las dos sirenas al emir Muza que se las llevó al califa de Damasco. El califa se puso muy contento con el regalo y las mandó poner en una gran piscina, pero como no podían hablar con ellas y no sabían que querían comer, las pobres sirenas se murieron de hambre.

- Si que es una historia triste -dijo Spica- ¿sabes alguna otra menos triste?

- Pues verás, te contaré una que parece menos triste. Cristóbal Colón, el descubridor de América, una vez avistó desde su barco a tres sirenas. Lo cuenta en el diario de su primer viaje. No es muy agradable lo que escribió de nosotras ya que apuntó que somos muy

feas y que tenemos cara de hombre. Así que lo mejor es dejar a los hombres que vayan por su lado y nosotras por el nuestro- dijo Alhena para terminar sus relatos, ya que a veces se ponía de muy mal humor por las cosas que se escribían de ellas.

Pasaron los meses y un día de primavera, Spica estaba con sus amigas charlando cuando en el horizonte apareció la silueta de un barco. Se acercaba al lugar donde estaban y todas se escondieron. Los hombres que iban en el barco botaron al agua dos barcas más pequeñas y estuvieron moviéndose de un lado a otro y colocando algo. Lo sujetaron con cuerdas y le pusieron unos grandes flotadores. Al acabar, izaron las barcas al barco grande y se fueron. Todas las sirenas respiraron aliviadas y se dispusieron a seguir con su charla. Al llegar la noche se despidieron. Spica iba nadando cuando sintió un pequeño roce en la cabeza y se dio cuenta de que no podía avanzar ya que algo que no veía bien le cerraba el paso.

Eran unos hilos transparentes, anudados entre sí de tal manera que formaban una red muy fuerte que no podía romper. Spica se puso nerviosa y empezó a moverse para soltarse pero lo único que logró fue enredarse más con la red hasta quedar totalmente sujeta. Dada su prudencia consideró que lo mejor era no moverse más y esperar acontecimientos. Pasó la noche muy incómoda y al amanecer vio que se acercaba el barco que estuvo el día anterior y que se detenía

a pocos metros de donde estaba enredada en la red. Unos hombres desde la borda descubrieron a Spica y gritaron con júbilo:

- Hemos atrapado una- y enseguida levantaron la red y la pusieron en cubierta. Después liberaron a Spica y la colocaron en un gran tanque de agua.

Spica estaba asustada pero seguía considerando que lo mejor era mantenerse serena. Al fin y al cabo, si hubiesen querido matarla ya lo hubieran hecho. El barco se puso en marcha rumbo a una gran ciudad que disponía de un enorme oceanario donde terminó el viaje de Spica, que pocos días después ocupaba una gran piscina con paredes de cristal para que las personas que pasaban la mirasen durante horas.

Spica se entristeció mucho. Estaba a gran distancia de su hogar, sola en una piscina de exhibición, y añoraba a su madre y amigas. Su único consuelo era que recibía la visita de gentes curiosas que además le hacían fotos. Un día aparecieron delante de la mampara de cristal un grupo de niños y niñas de un colegio que habían venido para ver la sirena. Los niños gritaban y reían y al verlos tan contentos, Spica por primera vez en mucho tiempo también se alegró. Oyó a través del cristal que algunos la preguntaban cómo se llamaba, qué le gustaba comer, de dónde era y otras preguntas de ese tipo.

Spica no quiso contestarles pues se sentía muy desgraciada. Pero con el paso de los días, se fue haciendo a la idea de la cautividad y se consolaba pensando:

- Aunque no me gusta estar prisionera en esta piscina, hay una parte buena y es que los pequeños se alegran al verme porque me quieren mucho.

Y desde entonces, Spica se mostraba más alegre y no se apenaba tanto con su situación. Su fortaleza de carácter le había permitido pasar los malos momentos y esperaba la llegada de niños ante su piscina para saludarles. Se sentía muy querida por todos ellos. Era la estrella del oceanario y todos los visitantes hacían largas colas para verla y fotografiarse junto al cristal donde Spica asomaba la cara para salir en las fotos. Un día le habló a una niña a la que explicó porqué siempre estaba triste. Y la niña se lo contó a una amiga y ésta a otra y en poco tiempo todos los visitantes sabían que la sirena estaba muy apenada porque estaba cautiva y no podía ver a su familia y amigas. Pasó el tiempo y Spica se enteró que la habían traído al oceanario para sustituir a otra sirena que murió de tristeza al estar alejada de su familia.

- Menos mal que estoy superando este trauma de estar presa en un oceanario. Si no fuera por mi carácter ya estaría muerta, como la



pobre sirena que estuvo antes que yo en esta piscina- se decía Spica para consolarse.

Pero Spica seguía soñando con volver un día a su hogar donde la esperaban su madre, hermanas y amigas.

Y ocurrió lo que podría considerarse un milagro. La empresa del oceanario para celebrar un aniversario, repartió a sus visitantes unas encuestas para que explicasen lo que más les había gustado, lo que menos, y que es lo que harían si fuesen por un día dueños del oceanario. El día del aniversario y ante un notario se abrieron los miles de encuestas y los resultados fueron apareciendo en una pizarra gigantesca. Y la sorpresa del director del oceanario fue mayúscula. A la pregunta de “Qué haría usted si fuese dueño del oceanario por un día” todos respondieron con la frase “Dejaría en libertad a la sirena”.

Como en las encuestas el dueño se comprometió a aceptar la decisión que saliese vencedora, no tuvo más remedio que devolver a Spica al paraje donde la cogieron. Y allí la recibieron con gran alegría su madre, sus hermanas y amigas que montaron una gran fiesta de bienvenida con globos, confetis y música.

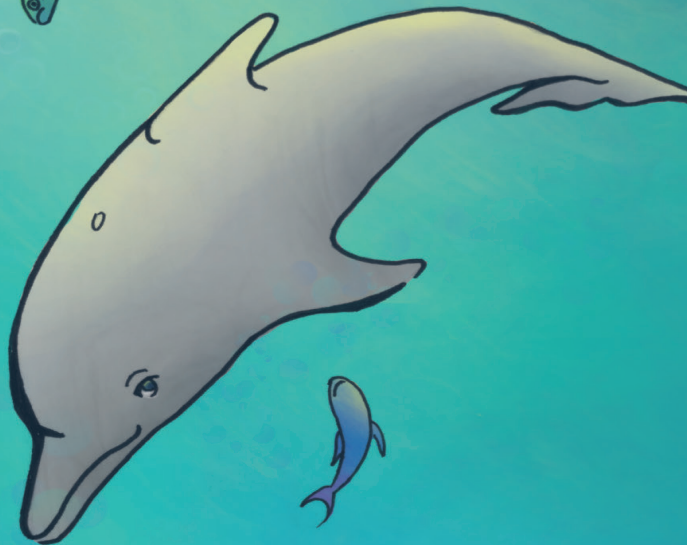
Altair cerró su cuento diciendo:

- *Creo que así terminó Nunki su cuento, pero no estoy muy seguro, ya que entonces estaba dormido.*

A lo que el capitán contestó:

- *Sin duda ha contado el final del cuento perfectamente y veo una moraleja doble: Hay que ser prudentes y esperar el momento adecuado para superar las adversidades que nos depara la vida. Y por otra parte, que la fortaleza de carácter es decisiva ante la adversidad.*

Y se despidió de Altair al que recordó que tenía que contarle otra historia durante la cena.



El delfín bondadoso

Altair estaba satisfecho con la situación. El capitán al acabar el almuerzo le había pedido que durante la cena le contase otra historia. Dudaba qué historia elegir de entre las centenares de historias que Nunki le había contado. Todas eran fantásticas y brillantes y en cada una se exaltaba alguna virtud. Además en el tiempo que le quedaba sólo podía contar tres historias y Altair quería elegir las mejores. Durante su almuerzo en el comedor de marinería, aunque intentó recordar alguna historia, no pudo concentrarse, tal era el escándalo que armaban los marineros, muy alegres ya que pronto llegarían a puerto tras varias semanas de navegación, sin ver otra cosa que la inmensidad del océano alrededor del barco. Cuando estuviesen en puerto podrían pasarse varias horas en las tabernas. Altair necesitaba sin duda un lugar calmado para reflexionar con sosiego y por ello tras el almuerzo se retiró a la soledad de la proa del Estrella Polar. Allí, sobre la borda miraba al mar que el barco parecía ir cortando al navegar. Contemplaba abstraído el paisaje cuando vio las familiares figuras de los delfines que acompañan a los barcos, nadando delante de ellos a su misma velocidad, saltando y jugando con las olas, haciendo cabriolas y cruzando ante la proa para pasar de un costado al otro. Al cabo de un rato de estar observando los delfines, le vino a la memoria una de las historias de Nunki que tenía por protagonista a un delfín.

- Siempre me asombran los delfines -pensó Altair-. Reconozco que me ha venido muy bien este rato de reposo en la proa pues viendo a estos acrobáticos animales ya he decidido cual será la historia que le contaré al capitán durante su cena de hoy. Será la historia de Hamal, el delfín bondadoso. Y para elegir la historia que contaré durante el almuerzo de mañana haré lo mismo que hoy. Vendré aquí a la proa y contemplaré el mar y el primer animal que vea será el protagonista de la historia.

Y habiendo tomado esa decisión se fue a descansar al sollado de marinería donde le habían asignado una litera vacía y en la que dormía. Quería recordar bien la historia del delfín antes de contarla y tenía poco tiempo, pues la cena se hace en los barcos a una hora temprana, a la caída de la tarde.

En efecto. A las siete de la tarde recibió el aviso del capitán de que se acercase a su camarote y tras llamar con los nudillos a la puerta y recibir el permiso de entrar se dirigió al lugar en que se colocaba cuando contaba sus historias.

El capitán sonrió al preguntar:

- Hola Altair ¿ya tiene preparada la nueva historia? Espero que sea tan interesante como las tres anteriores.

A lo que Altair respondió:

- La historia que he elegido para esta noche es muy especial pues me la contó Nunki cuando yo era un muchacho muy joven y me estaba enseñando a pescar. Un día que habíamos salido de madrugada a pescar con nuestra canoa y estábamos preparando nuestros anzuelos vimos que se acercaban saltando sobre las olas numerosos delfines. Cuando estuvieron muy cerca, Nunki dio los buenos días al delfín que parecía mandar la manada y luego le preguntó si estaba entre ellos uno que se llamaba Hamal y que era amigo suyo.

El delfín, sacando la cabeza de agua respondió:

- ¿Así que conoces a Hamal y eres amigo suyo?

- Pues claro está que le conozco y también conozco su aventura más notable, cuando arriesgó su vida al presentarse en el puerto de Nekkar para contar algo a unos pescadores.

- Me has demostrado que conoces a Hamal ya que hablaste de su aventura en Nekkar –respondió el delfín–.

Hamal ahora no está con nosotros, se ha quedado en aguas del sur pues tenía que dirigir a otra manada de delfines a una zona más

tranquila. Ya sabrás que ahora nos vuelven a perseguir los pescadores pues dicen que nos comemos los peces que son suyos, y como creemos que también tenemos derecho a esos peces, los pescadores nos atacan y ahora buscamos nuestro alimento en parajes apartados y remotos, procurando que no nos vean. Nosotros pensamos que el mar tiene una enorme riqueza y que compartiéndola sin egoísmos ni abusos hay suficiente para todos y así podríamos vivir en paz y armonía todas las criaturas que residimos en él o que participamos de sus riquezas.

Y a renglón seguido preguntó el delfín:

- ¿Y a ti como humano, aunque muy amigo de un delfín, que te parece esto que te digo?

Y recuerdo que Nunki contestó al delfín:

- Has hablado como un sabio. Aunque el mar no es infinito, tiene suficientes recursos y riquezas para todos, pero hay que conocer muy bien esas riquezas para utilizarlas sabiamente. Y además, tenemos que ser muy generosos para saber repartirlas ya que se nos ofrecen a todos sin distinción. Los hombres no tendríamos que creernos los dueños del mar y de sus riquezas, sino compartirlas y no disputarlas con los delfines, las ballenas y los demás animales marinos.

Tras escuchar esto, el delfín se alejó nadando. Pero al cabo de unos metros se volvió y sacando la cabeza del agua gritó dirigiéndose a nosotros:

- ¡Ojalá todos los hombres fuesen como tú y tuviesen esa manera de pensar. La vida sería más placentera!

Y volvió a sumergirse junto con los otros delfines del grupo que se alejaron con tanta rapidez como habían venido.

Yo quedé maravillado y no es extraño. Tenía, creo recordar, siete u ocho años y viendo a mi padre Nunki (yo sabía que realmente no era mi padre, pero le quería y le respetaba como si lo fuese) hablar de ese modo con un delfín rememorando la aventura de otro, me hizo una impresión extraordinaria. Y enseguida la pregunté a Nunki por la historia del delfín Hamal. Me contestó que me la contaría esa misma noche, y aunque yo insistí, tozudo como todos los niños, en que me la contase allí mismo mientras pescábamos, me dijo rotundamente que no, que allí estábamos para pescar, para que yo aprendiese las técnicas de la pesca con anzuelos y que si empezaba a contarme una historia ajena a la pesca me iba a distraer y no aprendería lo que me quería enseñar. Me dijo que en cada momento hay que concentrarse en lo que se está haciendo para hacerlo bien.

Recuerdo que acabó diciendo:

- Mira Altair, cuando estés haciendo una cosa, la que sea, hazla con todos tus sentidos puestos en lo que estás haciendo, como si fuese lo más importante de tu vida y así lo que haces lo harás muy bien. Y si te distraes con cosas ajenas, entonces lo que estás haciendo lo harás mal. Al llegar a este punto el relato, Arturo, el capitán, interrumpió diciendo:

- Cuánto me hubiese gustado conocer a Nunki. Su modo de ver y entender el mundo me parece el de un gran filósofo. Pero perdone esta interrupción Altair y siga adelante con el cuento.

Y Altair reanudó su relato:

Aquella noche, tras la dura jornada de pesca en la que por cierto aprendí muchísimo sobre la pesca con anzuelos, cómo cebarlos, cómo reconocer si el pez que ha picado es pequeño o grande, cómo hacer para que no se suelte antes de subirle a la canoa, y muchas otras cosas, Nunki me contó la historia de Hamal el delfín bondadoso.

Me dijo Nunki:



Escucha hijo. Esta historia que te voy a contar sucedió hace ya mucho, mucho, muchísimo tiempo, en aquellos lejanos tiempos en los que los animales podían hablar entre ellos y también con los hombres y toda la naturaleza vivía en gran armonía.

Hamal era el delfín que dirigía una gran manada de delfines. Nado era el más veloz de todos ellos; el que saltaba más alto fuera

del agua y el más inteligente para buscar los mejores sitios para pescar o descansar. Cuando avistaba un barco, inmediatamente avisaba a todo el grupo y nadaban alegremente, delante de la proa sin que nunca les golpease, o en los costados, donde, saltando todos ellos fuera del agua, hacían las delicias de los que miraban. Además, Hamal era el que más pronto localizaba con sus ultrasonidos a los peces que les servían de alimento. Y sin embargo, a pesar de ser el mejor en tantas cosas, era humilde y no se creía superior a sus compañeros, a los que ayudaba siempre que podía para resolver sus diversos problemas. Por esa razón todos los delfines querían mucho a Hamal y le consideraban el mejor jefe. Siempre que había una discusión, le preguntaban a Hamal su opinión, y después de que la diese se acababa la discusión pues el criterio de Hamal era el más respetado.

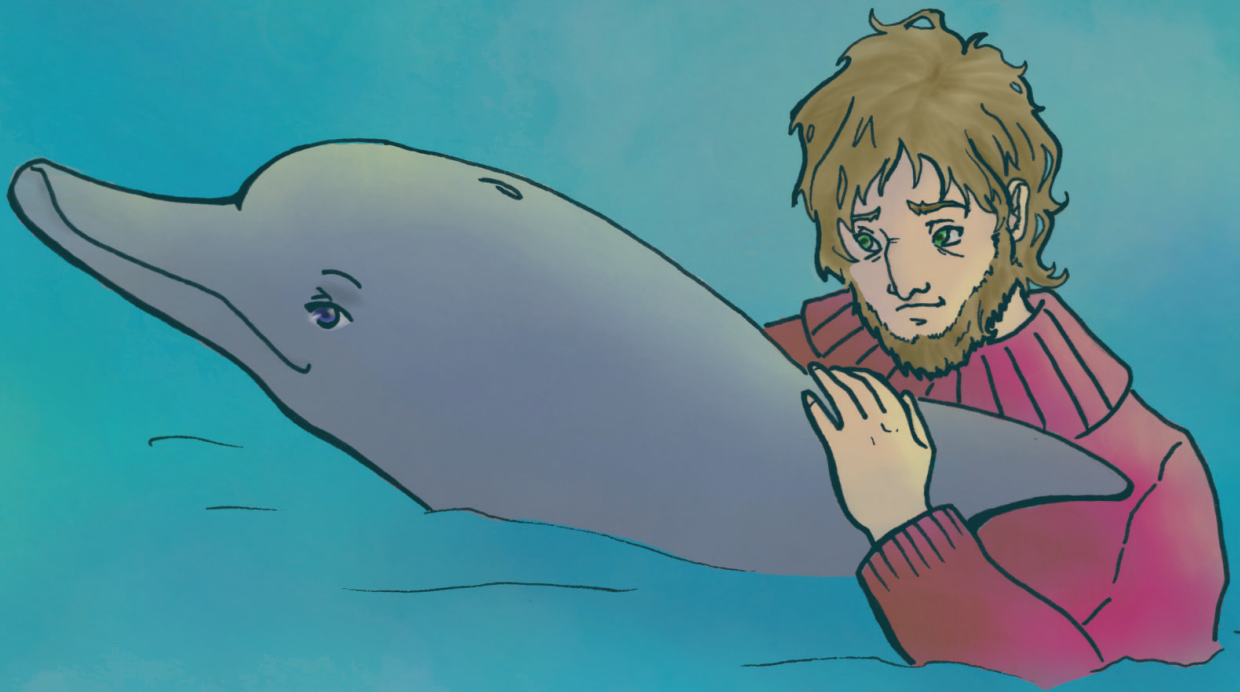
Llegó un tiempo en que empezaron a escasear los peces en los mares que frecuentaba la manada de Hamal. Esos peces eran los que pescaban los pescadores de aquellos mares quienes juzgaron que los responsables y causantes de la falta de peces eran los delfines a los que acusaban de ser unos glotones y de comer demasiado.

Las familias de los pescadores, al faltar los peces que vendían, se quedaron sin dinero y empezaron a pasar hambre. Por ello, los niños sufrían enfermedades y dejaban de ir al colegio, con lo que la enemistad de los pescadores con los delfines alcanzó el máximo. Llegó

un momento en que los pescadores salían al mar armados con rifles y escopetas y disparaban a los delfines para matarlos o espantarlos de sus mares y así ellos podían pescar los pocos peces que quedaban.

Un día en que Hamal estaba cerca de la costa, resguardado en una pequeña ensenada ya que había muy mala mar, con olas muy grandes y un viento racheado fuerte, vio salir una pequeña barca de pesca tripulada por un único pescador, al que conocía como uno de los mayores enemigos de los delfines, a los que disparaba con su rifle en cuanto los tenía cerca. Discurrió Hamal que muy mal de dinero debería estar aquel pescador cuando con una tormenta como aquella, y que seguramente iría a peor, salía a pescar con el riesgo de que las olas destrozasen su frágil barca, ya que el viento arreciaba y las olas eran cada vez mayores. Y lo que se temía Hamal sucedió casi de inmediato, pues una gran ola golpeó de través la barca y la volcó, quedando en el agua el pescador que vestido con su impermeable, botas y gorro apenas podía moverse y menos aún nadar hacia la cercana orilla.

- En poco tiempo ese pescador se ahogará si nadie acude en su ayuda -se dijo Hamal- que aunque no estaba muy seguro de si cometería una equivocación, nadó con rapidez hasta el hombre medio ahogado. Al acercarse gritó para hacerse oír en medio de la furia de las olas y de la lluvia que entonces caía a chorros:



- No tema, vengo a ayudarle- y sin esperar respuesta, empujándole con el hocico unas veces y otras poniéndose bajo él y subiéndole hasta la superficie, acabó por llevar al pescador hasta la pequeña playa que se formaba al abrigo del dique del puerto. El pescador, que se llamaba Régulo, cuando vio acercarse al delfín, temió que fuese para empujarle hacia el fondo. Pero cuando se dio cuenta de que estaba intentando sacarle del agua y llevarlo hasta la playa, permaneció inmóvil dejándose transportar por el delfín. Finalmente el pescador, aunque había tragado mucha agua, quedó sobre la playa y se arrastró por la arena para alejarse de la orilla donde rompían las olas. Y antes de que pudiera volverse para dar las gracias a su salvador, Hamal había desaparecido silenciosamente. Al cabo de un rato, unas personas que regresaban por el camino que bordeaba la playa vieron el cuerpo tendido y rápidamente se acercaron y ayudaron a Régulo a llegar al pueblo, donde pudo recibir cuidados y recobrase. Régulo acudió a la taberna del puerto, ya totalmente repuesto, al día siguiente, y contó su aventura con todo lujo de detalles, pero sus amigos no quisieron creerle. Y tenían razón para desconfiar, pues Régulo les había mentido y contado historias falsas tantas veces que creyeron que la del delfín era otra de sus muchas mentiras. Régulo cayó en una gran depresión.

- Me ha salvado milagrosamente un delfín y cuando lo cuento ni los amigos ni nadie en el pueblo quiere creerme.

¿Qué podría hacer para convencerles y que me creyesen? Ahora comprendo que nunca se debe mentir- discurría con gran amargura Régulo, muy resentido con sus amigos.

Y se pasaba los días cavilando qué podría hacer para que sus amigos confiaran en su palabra. Daba paseos por la orilla del mar y por la escollera del muelle buscando la serenidad para reflexionar cuando al fin se le ocurrió que la única forma de lograr que le creyesen era que la aventura de su salvamento la contase el propio delfín. Así que se compró una barca y salía diariamente al mar para buscarlo.

Un día vio unos delfines cerca de su barca. Les gritó para que se acercasen que quería hablarles. Pero los delfines desconfiaron del pescador ya que recordaban que les había disparado con un rifle más de una vez y se alejaron sin hacerle caso. No se desanimó Régulo por eso, y tras varias tentativas fallidas, un día pudo hablar con un delfín que era nuevo en la región. Régulo le preguntó si conocía a un delfín que tiempo atrás había salvado de morir ahogado a un hombre. El delfín dijo muy contento:

- Si que le conozco, es Hamal, nuestro jefe y todos sabemos que salvó de morir ahogado a un pescador que es nuestro feroz enemigo, pero que no merecía morir de esa forma aunque fuese un miserable.

Sin decir quién era, Régulo a través del delfín mandó el recado a Hamal de que quería hablar con él. El delfín le prometió a Régulo que avisaría a Hamal y se marchó nadando reposadamente.

Cuando Hamal recibió la noticia de que un pescador quería hablarle se sorprendió pues no podía sospechar el motivo por el que le llamaban. Pero como era el jefe del grupo decidió ir, ya que podía ser un asunto importante para los delfines. Así que nadó hacia el lugar donde esperaba Régulo en su barca. Al acercarse, Hamal reconoció de inmediato a Régulo y supuso que le querría dar las gracias. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando Régulo le dijo:

- Delfín, me has salvado y te estoy muy agradecido pero ahora resulta que nadie me cree en el pueblo cuando les digo que pude llegar a la playa durante la tormenta porque me llevó un delfín. Hasta mi mujer y mis hijos se burlan de mi y dicen que me he vuelto loco. Te ruego que vengas al pueblo y cuentes a todos lo que ocurrió y así recuperaré la serenidad y mi buen nombre.

Régulo esperó la respuesta de Hamal que solamente dijo:

- Lo meditaré, pues puede ser muy peligroso acercarme al puerto. ¿Seguro que nadie me disparará un tiro para matarme? Consultaré con mi manada. Porque si no regreso con ellos se quedarán sin jefe

y eso será muy malo para todos. Mañana al amanecer, en la punta de la escollera, te daré mi respuesta.

Y Hamal se marchó a consultar con los delfines de su manada. Casi todos le dijeron que era una trampa y que no fuese al puerto, pero un delfín viejo y muy experimentado le dijo:

- Hamal, la decisión de ir la debes tomar tú pues eres quién ha visto la cara del pescador cuando te pedía que fueses al puerto. En la cara se puede ver quién dice la verdad o miente. Nosotros solo podemos hacer conjeturas. Considera además que es una buena acción pues se trata de ayudar a una persona que lo necesita.

Y Hamal, como era bondadoso decidió ir, aunque entrar en el puerto fuese un gran riesgo.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, ya estaba Hamal en la escollera. Al llegar Régulo le habló así:

- Hoy a las doce de la noche es la pleamar. A esa hora estaré en el puerto para narrar a tus amigos lo que hice para salvarte durante la tormenta. Diles que aguarden en el muelle.

Y sin esperar respuesta, dio la vuelta y se marchó.

Hamal deseaba decir que era cierto que salvó de morir ahogado a uno de los pescadores pero no quería correr riesgos innecesarios. Sabía que las personas ven muy mal por la noche y por ello no podrían dispararle con acierto, caso de que alguno quisiera pegarle un tiro. Por otra parte, en pleamar había cinco metros más de profundidad en el puerto; si le atacaban podría sumergirse hasta el fondo y escapar fácilmente.

Al llegar la noche, alumbrado por la luna llena, se puso en camino.

- Vaya, -refunfuñó Hamal- no me acordé que hoy era plenilunio y hay bastante luz; a pesar de todo espero que no ocurra nada malo.

Llegó al puerto y se acercó al muelle donde estaban aguardando en silencio Régulo y varias docenas de personas, mirando fijamente al mar. Ninguno de los hombres llevaba armas de fuego así que Hamal se acercó con calma y sacando la cabeza del agua dijo:

- Hombres de Nekkar, escuchadme. En la luna anterior y durante una gran tormenta, vi a un pescador en el agua en riesgo de ahogarse, ya que las olas habían volcado su barca. Le ayudé empujándole primero y luego poniendo mi lomo bajo su cuerpo para que no se hundiese y así, poco a poco, pude llevarle hasta la playa. Y he venido hasta aquí para contarle pues me lo ha pedido el mismo

pescador al que salvé. Es aquél que tiene un chaquetón verde. Esa es la verdad y no tengo más que deciros.

Hubo un fuerte murmullo de los oyentes y luego un aplauso cerrado. Estaban aplaudiendo a Hamal al que reconocían su gran bondad. Y Hamal salió del puerto nadando lentamente hasta que se perdió entre los reflejos de la luna sobre las calmadas aguas.

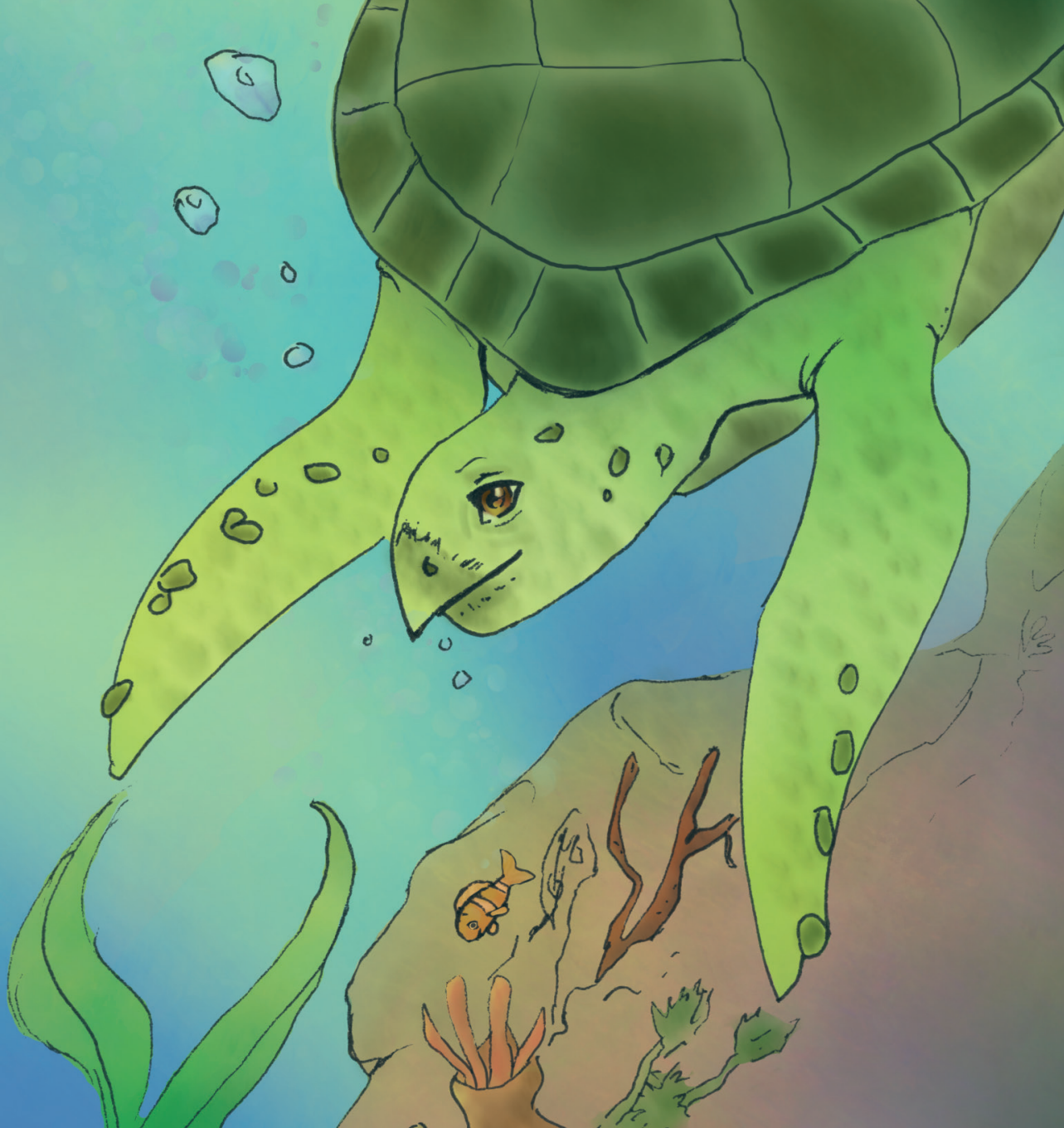
A partir de aquel día, los pescadores tuvieron gran respeto por los delfines a quienes consideraron desde entonces como sus mejores amigos y a los que nunca más volvieron a molestar.

Y así acaba la historia del delfín bondadoso como me la contó Nun-ki, dijo Altair para terminar el cuento.

El capitán había seguido atentamente la historia. Cuando dejó de hablar Altair comentó:

- De esta historia, como de todas las que me ha contado, se puede sacar una moraleja: Quién actúa con bondad tiene grandes satisfacciones.

Y dando las buenas noches a Altair, el capitán se puso febrilmente a transcribir a su cuaderno la historia que acababa de escuchar.



La tortuguita valiente

Altair se despertó temprano y conforme a su decisión del día anterior, tras asearse y desayunar, se dirigió a la proa del Estrella Polar. Allí se acodó sobre la borda y estuvo largo rato contemplando el mar, esperando a que apareciese algún animal. Pero el agua, muy calmada y de un azul intenso aquella mañana, parecía vacía de vida. Estaba empezando a impacientarse cuando acertó a ver una gran tortuga que nadaba lentamente, a pocos metros del barco.

Altair se llevó una gran alegría, pues inmediatamente le vino a la memoria el cuento de una tortuga. Sin embargo por más que lo intentaba, no lograba recordar nada del cuento. Altair estaba en un apuro pues al quedarse su mente en blanco, se quedaba sin historias para el capitán. En aquel momento sucedió algo imprevisto que le ayudó. Un enorme tiburón se acercó al barco cuando desde algún lugar tiraron al agua restos de comida de la cocina. Y al ver al gran pez, se acordó de que otro personaje del cuento de la tortuga era un tiburón; entonces memorizó de un golpe todo el cuento y se marchó muy contento a esperar la hora del almuerzo.

A la hora prevista, Altair fue al camarote del capitán que ya le esperaba impaciente.

- Hola Altair, ¿ya tiene preparada la nueva historia? El contra-maestre me ha dicho que le ha visto esta mañana bastante tiempo en la proa, contemplando el mar con gesto serio y pensativo. ¿Es que teme que nos ocurra algún percance?- Preguntó el capitán.

Altair contestó:

- Buenos días, capitán, pues si, ya tengo la historia preparada. Estuve en la proa esta mañana pues creí que contemplar esa enorme extensión de agua sería un buen remedio para mis fallos de memoria. Le diré capitán que tras el naufragio he tenido momentos de olvido y entre las cosas que olvidé están varios de los cuentos de Nunki. Unos los recuerdo bien pero otros parece que están escondidos “detrás de las nubes” según reza un viejo proverbio nuestro. Pero la contemplación de la grandeza del mar me ha permitido recordar otro de los cuentos y es el que le relataré ahora. Puedo empezar cuando usted quiera.

- Espere a que se marche el camarero que traerá la comida y así no tendrá que interrumpir su cuento- contestó el capitán.

Cuando llegó el camarero, dejó la bandeja con la comida en la mesa y tras preguntar al capitán si deseaba algo más, se retiró del camarote cerrando la puerta.

El capitán se sentó a la mesa y mientras se servía el primer plato dijo:

- Altair, puede usted empezar su historia cuando quiera. Y Altair la inició de este modo:

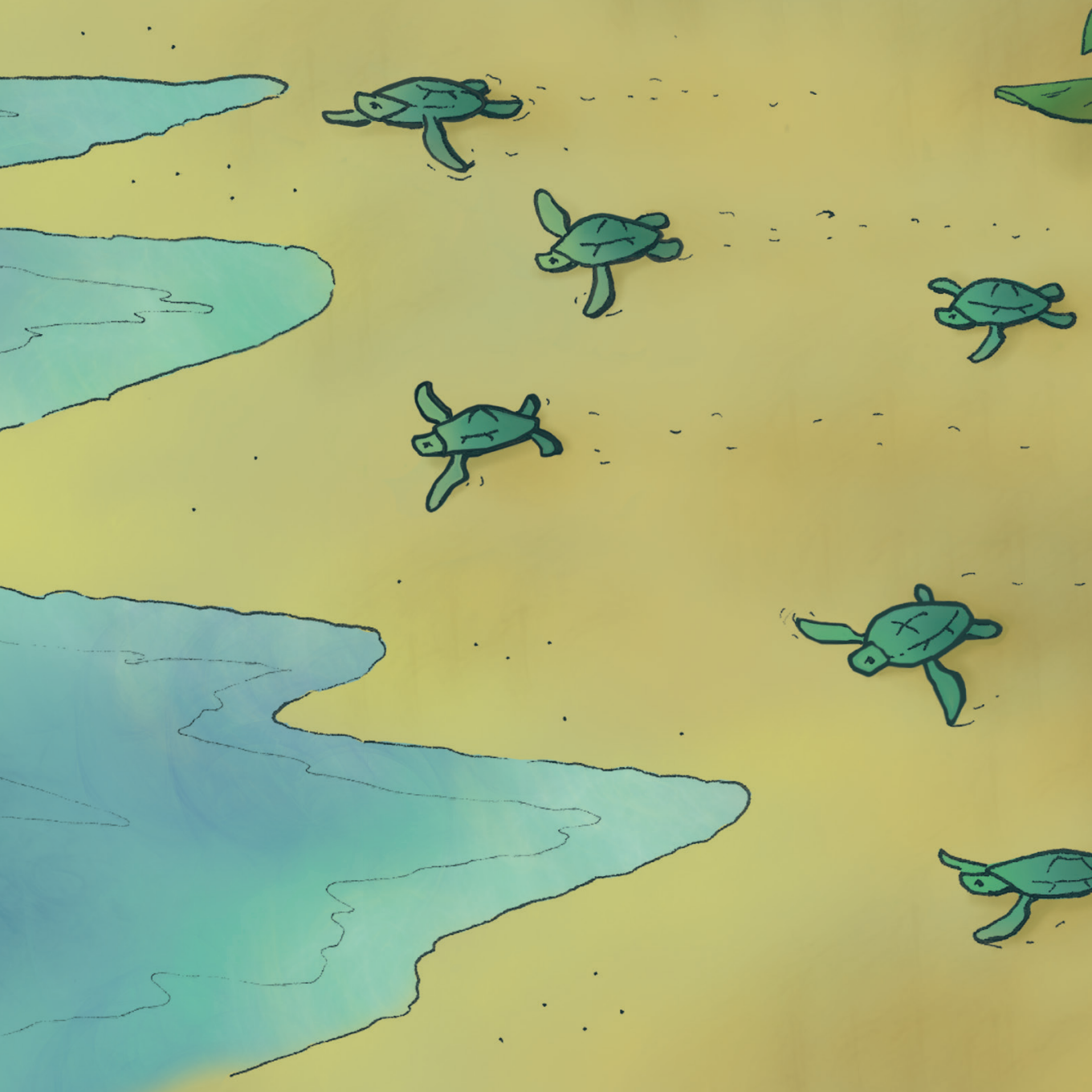
Un día que íbamos mi padre y yo tras la pista de unos renos tuvimos un pequeño accidente con el trineo que nos obligó a pasar la noche en medio de una inmensa llanura helada que no parecía tener fin. Ya sabe que nosotros podemos hacer en poco tiempo una cabaña cortando bloques de hielo y eso fue lo que hizo Nunki. Recuerdo que hacía mucho frío y una gran ventisca. Por la noche, ya dentro del iglú, Nunki me dijo durante la cena que me había portado muy bien y que merecía un premio por mi trabajo colocando bloques de hielo para hacer el iglú. El premio sería un cuento que me contaría antes de dormir.

Cuando nos tendimos sobre las pieles para descansar, Nunki empezó su relato así:

Altair, esta historia que te voy a contar sucedió hace ya mucho, mucho, muchísimo tiempo, en aquellos lejanos tiempos en los que los animales podían hablar entre ellos y también con los hombres y toda la naturaleza vivía en gran armonía.

Un día en una isla remota en medio del océano, después de la puesta del sol, las arenas de la playa empezaron a agitarse, como si por debajo algo se estuviese moviendo. Y así era en efecto, estaban naciendo las tortugas que al salir de los huevos enterrados en la arena, se abrían paso para salir a la superficie y de inmediato corrían por la playa para llegar al agua. El camino hasta el agua estaba lleno de peligros para las tortuguitas recién nacidas, ya que se las querían comer los cangrejos y las gaviotas. Pero muchas tortuguitas pudieron llegar al agua y entre ellas estaba Diadema, la tortuga de mi historia que empezó su vida así, entre grandes peligros.

Diadema se pasaba el día nadando de un lado a otro junto con sus hermanas, comiendo minúsculos animalillos que están flotando en el agua como si fueran migas de pan, y cuando sentía algún peligro se escondía entre las algas, las gorgonias, los corales y las plumas de mar, para que no la viesan los tiburones y otros peces, o los pulpos, a los que les gusta mucho comer tortugas pequeñitas. Aunque aguantaba mucho rato debajo del agua sin respirar, Diadema tenía



que nadar hasta la superficie del agua, pues las tortugas necesitan el aire para respirar.

Aunque muy lentamente, Diadema fue creciendo y aprendió muy bien quiénes eran los amigos con los que podía tratar y de quiénes tenía que huir pues eran enemigos peligrosos. Como no conoció a su madre, nadie le había enseñado nada y por ello debía aprender todas las cosas por sí misma.

Y una de las cosas que aprendió y que más le gustaba era encontrar una corriente cálida y de agua transparente para deslizarse por ella como si estuviese en un tobogán. Era una delicia abrir las aletas y dejarse llevar por la corriente sin hacer nada. Claro está que a veces se dejaba llevar demasiado lejos y tenía que regresar haciendo un gran esfuerzo. Pero aceptaba con gusto ese pequeño inconveniente con tal de montarse en el “tobogán de la corriente” como llamaba a su juego favorito.

Un día, al caer la tarde, cuando estaba nadando con toda calma, notó una gran agitación en el agua. Y cerca de ella vio una cuerda muy fuerte a la que estaban amarradas otras cuerdas separadas entre sí varios metros y que se hundían hacia el fondo. Solo podía ver un extremo de la gran cuerda que se sujetaba a una especie de globo voluminoso que flotaba en superficie. Una de las cuerdas que

se hundían hacia el fondo se agitaba como si en el extremo que no se veía hubiese algo que la moviese con violencia. Como Diadema era una tortuga pequeña y curiosa pensó en bucear hasta el extremo de la cuerda para ver quién era el que la movía de un modo tan vigoroso. Así que respiró hondo y empezó a bucear siguiendo la dirección de la propia cuerda hasta que a bastantes metros de profundidad, cuando ya empezaba a distinguir mal las cosas por la falta de luz, vio a un gigantesco tiburón que había mordido el extremo de la cuerda y que se movía con desesperación como si quisiese soltarse y no pudiese. Se acercó al tiburón y le dijo:

- Señor tiburón, ¿porqué muerde esa cuerda con tanta furia? Suéltela y márchese tranquilo.

El tiburón, que se llamaba Sirio, contestó con muy malos modos, irritado y hablando raro, porque tenía algo en la boca:

- Pareces tonta, tortuga ¿no te das cuenta de que no me puedo marchar porque mordí un anzuelo que se me ha clavado en la boca, y como el anzuelo está muy bien atado a la cuerda no puedo soltarme? Por eso me muevo y doy tirones aunque me duele mucho.

Era la primera vez que Diadema veía una cosa así. Y cuando preguntó de nuevo, el tiburón explicó que creyendo que un gran pez que colgaba

de la cuerda era un exquisito bocado, lo mordió con apetito y resultó que dentro del pez había un anzuelo que se le clavó en el paladar.

Diadema no sabía que hacer y por otra parte, tenía que subir a respirar pues ya le faltaba el aire. Así que diciendo

-Hasta luego señor tiburón- volvió a la superficie.

El tiburón se quedó allí abajo y empezó otra vez a moverse con impaciencia intentando soltarse aunque ya estaba perdiendo las esperanzas pues el anzuelo y la cuerda eran muy fuertes.

- ¡Qué torpe e insensato he sido! Estoy seguro que he mordido el anzuelo de un palangre- se lamentaba el tiburón cuando se marchó la tortuguita- y mira que me había advertido mi amigo Mirzam que habían calado varios por aquí y que ni me acercase si veía un pez muerto, que es el cebo que oculta el anzuelo.

Diadema al llegar a superficie tomó aire y consideró lo mal que lo estaría pasando el tiburón. Le daba mucha pena que estuviese allá abajo sin poder nadar como ella, libre para ir de un lugar a otro. Y además le había dicho que le dolía mucho la boca. Eso ya era mucho peor. Así, que sin reflexionar más volvió a bucear hasta llegar al

lado del tiburón, que ya estaba quieto, evitando hacerse más grande la herida.

- ¿Se encuentra mejor señor tiburón? Siento pena por usted pero no sé qué hacer para ayudarle.

Diadema habló así al tiburón porque era evidente que el pobre necesitaba ayuda.

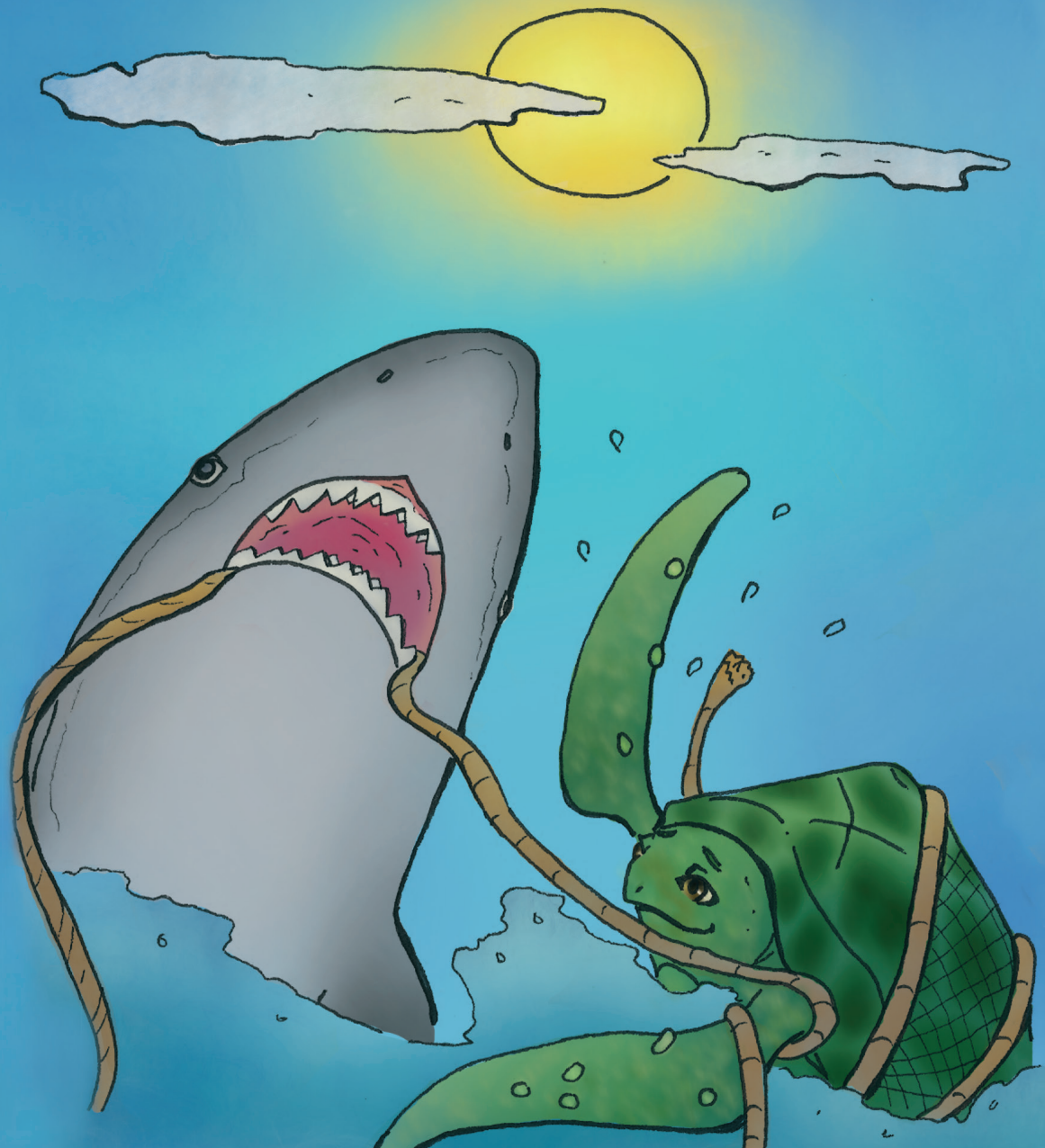
El tiburón estaba muy dolorido y casi no podía hablar pues tenía la boca medio destrozada por el anzuelo. Respondió algo que Diadema no entendió, pues con el anzuelo clavado le era imposible hablar claro.

Así que Diadema insistió:

- ¿No puede hablar mejor para que le entienda? Quiero ayudarle pero me tendrá que decir cómo hacerlo. Además ni siquiera sé su nombre. Yo me llamo Diadema.

El tiburón apenas pudo decir:

- ¡Qué importa ahora mi nombre! Si quieres ayudarme, corta la cuerda con tus dientes.



- ¿Pero señor tiburón, como quiere que corte la cuerda con los dientes si las tortugas de mar no tenemos dientes?

- Pues córtala como puedas, tienes una boca que parece un pico con borde afilado, algo podrás hacer con él- respondió enojado el tiburón.

Y Diadema sin pensarlo más empezó a morder con su pequeña boca sin dientes la cuerda para cortarla y liberar al tiburón. Pero tras un rato de morderla con todas sus fuerzas apenas le había hecho mella y tuvo que subir a la superficie para tomar aire. Respiró hondo y buceó de nuevo hasta el tiburón para seguir con la tarea de cortar la cuerda. La maniobra de cortar la cuerda durante un rato, subir a superficie para respirar y volver otra vez a cortar, la repitió muchas veces. Se hizo de noche y el tiburón empezó a impacientarse un poco antes del amanecer.

- Date prisa, date prisa, que enseguida vendrá el barco y me subirán a bordo cuando cobren el palangre.

Gracias a su perseverancia, momentos antes de salir el sol, Diadema logró cortar la cuerda, con lo que el tiburón dando un coletazo se separó unos metros de ella.

Diadema después de cortar la cuerda se preocupó del anzuelo que todavía estaba clavado dentro de la boca del tiburón.

- ¿Cómo va usted a quitarse el anzuelo, señor tiburón?

El tiburón, aunque cansado y dolorido estaba libre. Así que contestó:

- No te preocupes por el anzuelo. Acabará por desprenderse o me lo tragaré.

Muchas gracias amiga tortuga, me has salvado y no lo olvidaré. Lo importante es que estoy libre. Adiós. Ah! Se me olvidaba. Me llamo Sirio. Si una vez te encuentras en un apuro me mandas un aviso que te auxiliaré.

Y dando unos fuertes coletazos desapareció en la oscuridad del abismo.

Diadema volvió a subir a superficie y se quedó descansando un largo rato, para recuperarse del gran esfuerzo que había hecho. Se sentía orgullosa de su acción y deseaba contarla a todas sus amigas. Se dirigió al lugar donde solían reunirse para descansar, en

una escondida bahía de aguas tranquilas y transparentes y se acercó a ellas muy satisfecha. Dijo al llegar:

- Acercaos que os voy a contar lo que me ha pasado con un enorme tiburón.

- ¿Con un tiburón? - contestaron varias de sus amigas horrorizadas.

- Pues sí, - contestó muy ufana Diadema que les contó con todo lujo de detalles lo que había hecho para liberar al tiburón del anzuelo que le tenía enganchado.

- ¡Pero cómo es posible que seas tan estúpida! -dijo una de sus amigas con rabia-. Cuando nos dijiste que te había pasado algo con un tiburón creíamos que uno te persiguió para comerte, pero tú habías logrado escapar; pero ahora que nos has contado lo que has hecho, tienes que saber que has cometido un error tremendo. No queremos tenerte por amiga. Has liberado nada menos que a uno de nuestros peores enemigos; lo que hubiera hecho cualquier tortuga sensata hubiera sido dejarle morir allá abajo porque así tendríamos un enemigo menos. Vete de aquí, no queremos saber nada más de una tortuga tan tonta que ha impedido que muera un tiburón.

Y dándose la vuelta muy ofendidas, todas las amigas se alejaron, dejando a Diadema sumida en la mayor pena y confusión. La tortuguita estaba convencida de que por su buena acción recibiría felicitaciones y aplausos, pero en lugar de eso sólo recibió desprecios. Y desde entonces sus antiguas amigas le daban la espalda y se marchaban dejándola sola cuando intentaba jugar o hablar con ellas. Aunque Diadema estaba convencida de que había hecho bien, ayudando a un pobre tiburón que se encontraba en peligro.

Fueron pasando los años. Diadema vivía bastante tranquila y como estaba mucho tiempo sola no se informaba de muchas noticias. Por eso no se enteró de que habían desaparecido misteriosamente dos tortugas del grupo de las que habían sido sus amigas, y se comentaba que la causa había sido que se habían enredado en unas redes de un barco y cuando el barco se marchó debió de llevárselas pues desde entonces nadie las había vuelto a ver. El asunto tenía muy preocupadas a todas las tortugas de los alrededores.

Como Diadema no se relacionaba con sus amigas, y no sabía que habían desaparecido dos de ellas, nadaba, descansaba y comía sin ninguna preocupación. En sus ratos libres se dedicaba a contemplar las bellezas del mar y de los arrecifes de coral en los que dormía por la noche. Estaba tan despreocupada, que un atardecer en que nadaba reposadamente y estaba observando volar sobre las olas a

gaviotas y petreles hasta los acantilados donde tenían sus nidos, tropezó con una red que estaba en el agua y se quedó enganchada en ella. Al principio pensó que le sería sencillo desenredarse pero cuando se movió para soltar una de las aletas solo consiguió engancharse mucho más y al cabo de un rato, estaba completamente enredada.

Afortunadamente, sólo era un pedazo de red perdida que estaba a la deriva flotando en superficie, por lo que Diadema podía sacar la cabeza del agua para respirar de vez en cuando y así no se ahogó.

Pero pasaron unos días y las cosas empeoraron. Estaba muy cansada y no podía comer y eso la estaba debilitando. Empezó a pensar en las muchas cosas que le habían pasado y en las que haría en el futuro si pudiese librarse de la red. Y soñaba con volver a la playa de la isla donde había nacido, para dejar allí los huevos de los que nacerían sus hijos, pero enseguida se desanimaba pensando en que nunca volvería a su playa. Entonces se acordó de Sirio y de que cuando se despidió dijo que le avisara cuando se encontrase en un apuro. ¡Y en menudo apuro estaba ahora! Así que viendo en las cercanías a un cardumen de sardinas les gritó:

- ¡Por favor, avisad a Sirio que su amiga la tortuga Diadema necesita ayuda!

Las sardinas dieron muestras de no enterarse de nada y se marcharon veloces. Entonces pasaron cerca unos jureles y Diadema repitió su mensaje de socorro. Esta vez los jureles parecieron entender muy bien, pues uno de ellos gritó al marcharse:

- ¡No te preocupes que avisaremos a Sirio!

Cuando Diadema estaba más afligida, medio muerta de hambre y a punto de ahogarse pues la red se hundía poco a poco con el peso, apareció Sirio que se acercó con cuidado y al ver a la tortuga enganchada dijo:

- Los jureles me avisaron de que necesitabas ayuda. Casi no te conozco porque has crecido mucho, pero no te preocupes amiguita que ahora es mi turno y te sacaré de este peligro.

Y sin esperar más, mordió y sacudió con fuerza la red hasta que rompió varias mallas de nailon y Diadema quedó libre. Y cuando Sirio comprobó que la red estaba completamente deshecha, y nadie más se engancharía con aquellos restos, se alejó nadando velozmente sin dar apenas tiempo a Diadema a darle las gracias.

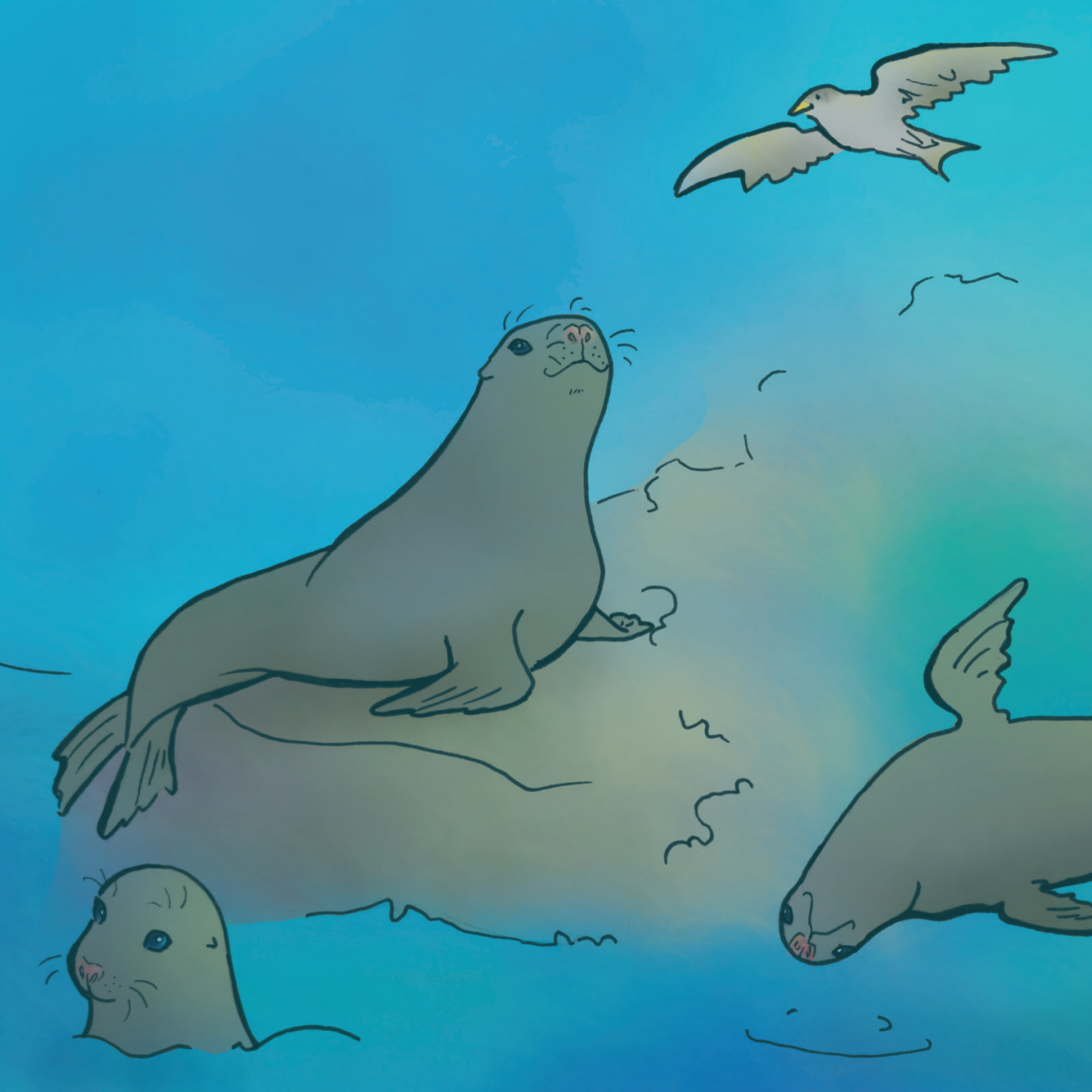
Diadema, como todas las tortugas, tuvo una vida muy larga y cumplió su sueño de poner huevos en la playa donde nació.

-Y así acabó el cuento de la tortuga valiente mi padre Nunki-, terminó diciendo Altair.

El capitán habló sentenciosamente:

- Es un cuento muy bonito y como los anteriores que me ha contado, tiene su moraleja: Haz el bien sin mirar a quién.

Altair se despidió del capitán y salió del camarote.



La foca intrépida

Cuando salió del camarote del capitán, Altair fue de nuevo a la proa del Estrella Polar para inspirarse en el cuento de aquella noche. Había comprobado que cada vez que pasaba un cierto tiempo en la proa, contemplando el mar, se agudizaba su memoria, como si el ambiente ayudase a sus sentidos. Probablemente, la grandiosidad del océano tenía ese efecto en Altair. Su vista se había embelesado viendo delfines, tortugas, tiburones, albatros y petreles, y el oído se había deleitado con el suave rumor que hacían las olas al rozar el casco del barco, el silbido del viento y los agudos gritos de las gaviotas. Hasta la humedad y el olor indefinible del mar abierto, una confusa mezcla de sal, algas y espuma le había agradado. Todas esas sensaciones le habían estimulado para recordar cuentos que tenía casi olvidados como el del delfín bondadoso o la tortugueta valiente. Por eso ahora repetía la experiencia, confiando en que una nueva criatura marina apareciese de pronto para iluminar su memoria. Y el dios Neptuno, que gobierna las aguas, pareció acudir en auxilio de Altair ya que mientras navegaba rumbo al sur, desde el Estrella Polar se avistaron a babor unos islotes rocosos, con pequeñas playas de cantos rodados y acantilados bajos. En las playas se divisaban gran cantidad de fo-

cas tomando el sol y otras nadaban en las aguas cercanas. Aquella visión fue como un fogonazo para Altair que recordó de inmediato un cuento que Nunki le había contado en su infancia, el cuento de una foca muy intrépida y valerosa.

Y pensando en el cuento de la foca se retiró Altair de la borda y se marchó a su litera a descansar hasta la hora de la cena.

Cuando llegó la hora acordada con el capitán se acercó al camarote y una vez obtuvo el permiso para entrar se quedó esperando a que el capitán hablase.

El capitán sabía que este sería el último cuento de Altair ya que a la mañana siguiente arribarían a puerto, desembarcaría Altair y ya no podría contarle nuevas historias. Y estaba decepcionado por razón del número de cuentos. Los que le contó Altair, y que fue transcribiendo puntualmente a su cuaderno, le habían parecido excepcionales. Pero su intención había sido la de reunir siete cuentos en un cuaderno especialmente dedicado a ellos. Y con el próximo cuento solamente tendría seis. De ahí su decepción.

En aquel momento, el capitán no podía sospechar que el destino le tenía preparado un insólito acontecimiento gracias al cual, el cuaderno dedicado a cuentos, cuando llegó el momento de cerrarlo,

contenía siete y no seis. Pero no adelantemos acontecimientos y vayamos al sexto cuento.

Cuando el capitán le indicó que ya podía empezar, Altair inició su relato:

Un día Nunki me llamó y me dijo que me iba a contar una historia. Y dijo:

Hijo, la historia que te voy a contar sucedió hace ya mucho, mucho, muchísimo tiempo, en aquellos lejanos tiempos en los que los animales podían hablar entre ellos y también con los hombres y había una gran armonía en la naturaleza. Y es la historia de Denébola, una foca que había nacido en la playa de una isla que durante incontables generaciones había estado usando una colonia de focas, que venían a la isla porque las madres focas necesitan de la tierra firme para tener a sus cachorros. Y allí permanecían varios meses las focas hasta que los cachorros ya estaban bien desarrollados. Entonces todos ellos acompañaban a sus madres al mar para aprender a nadar y a buscar su comida.

Las costumbres de aquellas focas eran curiosas. Todos los años los primeros que llegaban a la isla eran los machos que venían del mar donde habían pasado meses comiendo y engordando. Cuando lle-

gaban a la isla, los machos se separaban unos de otros y cada uno elegía un sitio en la playa, alejado de su vecino, para que ninguno molestase a otro y así, separados, cada uno descansaba y tomaba el sol con sosiego. Y se pasaban todo el tiempo durmiendo y sin hacer nada. Al cabo de pocos días iban apareciendo las hembras, que eran más numerosas que los machos. Miraban donde estaba cada uno de los padres y como había más madres que padres, se juntaban varias de ellas con cada padre. Así estaban más seguras. Poco después de llegar a la isla, las mamás focas tenían sus bebés. Los dejaban en la isla y se iban al mar a comer peces y calamares porque tenían mucho apetito y tenían que dar de mamar a las crías. Pero no todas las madres se iban a la vez al mar para comer; siempre y por turno se quedaba alguna de ellas para cuidar y vigilar a los cachorros que se juntaban como si estuviesen en el recreo de una guardería. De esta manera transcurrieron los primeros meses de la vida de Denébola. Cada vez que su madre, que se llamaba Meissa, volvía del mar, llamaba a Denébola que enseñada se acercaba y recibía su ración de leche. Y como la leche de las focas es muy alimenticia, Denébola creció muy deprisa, igual que los demás cachorros y al cabo de poco tiempo ya podía acompañar a su madre al mar. Allí aprendió a nadar detrás de los peces y los calamares y aunque éstos les hiciesen recortes, acababan por atraparlos. Denébola pudo ver como muchas focas adultas se

dedicaban con entusiasmo a jugar con las olas y uno de sus pasatiempos favoritos era el hacer surf en ellas. Eran unas focas muy alegres y juguetonas.

A Denébola le fue creciendo un pelo suave y sedoso que a su madre le parecía maravilloso.

Aunque Meissa le había advertido varias veces que ese pelo tan suave y sedoso era codiciado por los cazadores de focas ya que se pagaba muy bien por los comerciantes de pieles, puesto que servía para hacer abrigos y gorros de piel de foca. Meissa le repitió tantas veces que los cazadores eran el mayor peligro que tenían las focas y que tuviese cuidado con ellos, que Denébola creció con ese temor.

Denébola tenía mucho interés en conocer como era su isla porque hasta entonces solo conocía la playa donde había nacido y el trocito de mar que quedaba enfrente de la playa. Pero la playa estaba cerrada por dos promontorios rocosos, uno al norte y otro al sur y más allá de cada uno de ellos no sabía como era el mundo. Y quería saberlo.

Preguntó a su madre si la isla era grande o pequeña pero su madre no lo sabía.

- Solamente conozco esta playa y no sé que habrá más allá del promontorio que cierra la playa por el norte, ni del que la cierra por el sur. La verdad es que no me interesé nunca por saberlo- contestó su madre.

Denébola preguntó a otra foca que respondió que la isla era casi redonda, pero que no recordaba quién se lo había dicho.

Un día, Denébola estaba descansando tomando el sol cuando se le ocurrió que sería una bonita aventura la de dar la vuelta a la isla nadando. Así la conocería por completo y además probaría que era una foca muy fuerte ya que era capaz de nadar alrededor de toda la isla.

- Y en el caso de fatigarme -se dijo- puedo nadar hasta una playa, descansar un rato y luego seguir mi exploración. Como la isla es redonda, si estoy nadando el tiempo suficiente sin separarme de la costa acabaré llegando de nuevo a mi playa.

Al día siguiente, al salir el sol se lanzó al agua y empezó a nadar con rumbo norte teniendo siempre a la vista a su izquierda la silueta de la isla. Pronto pasó delante del promontorio del norte y no vio nada diferente de lo que conocía, ya que más allá se sucedían pequeñas playas y ensenadas con cantos rodados y pequeños acantilados de

escasa altura. Al pasar un cierto tiempo se fatigó y estuvo un buen rato reposando sobre una pequeña roca que emergía del agua a pocos metros. Después de descansar siguió nadando, siempre con la isla a su izquierda. Tras tanto esfuerzo no era extraño que tuviese apetito así que persiguió un calamar al que pilló desprevenido y se lo comió antes de proseguir su viaje. Notó que estaba cambiando la dirección en la que avanzaba por el cambio en la posición del sol. Era ya el atardecer y calculó que estaba justamente en el lado contrario de la isla. Descubrió una pequeña ensenada y entró por ella para subir a unas rocas de la orilla, ya que necesitaba reposar de nuevo antes de seguir el viaje.

- Bueno, -razonó-, la isla no es muy grande y se puede hacer el recorrido completo nadando sin prisas, aunque casi toda la costa es bastante parecida a la que ya conocía. Dormiré aquí esta noche y mañana completaré mi viaje de exploración.

Estaba ya cerrando los ojos cuando la alteró un ruido sordo que venía del mar. Y mirando en la creciente oscuridad pudo ver la silueta de un barco, fondeado a cierta distancia de la ensenada, con sus luces de navegación apagadas. Vio como del barco fondeado había salido una chalupa que se acercaba a la ensenada y era el origen del ruido que la sobresaltó. Se extrañó de que los hombres que ocupaban la chalupa fueran en completo silencio. Eso hizo que

desconfiara de aquella chalupa y que se ocultara con todo sigilo. La chalupa llegó a un pequeño puerto natural en el fondo de la ensenada y de ella desembarcaron varios hombres. De inmediato la chalupa volvió al barco fondeado. Y en un segundo viaje desembarcaron varios grandes bultos que los hombres que estaban en tierra fueron colocando en una zona más aplacerada algo apartada de la orilla. Denébola se asustó cuando vio que varios hombres encendían unas linternas que apenas alumbraban y las colgaban de unos palos que habían clavado en el suelo. Tras ello procedieron a abrir los grandes bultos que estaban amontonados. Denébola no esperó más y se sumergió en el agua sin hacer el menor ruido. A pesar de que por la noche tenía un poco de miedo a la oscuridad, nadó a toda velocidad hacia su playa, al lugar donde estaba su madre y toda la colonia de focas.

Estuvo nadando durante la noche y alcanzó su playa muy cansada, cuando en el horizonte empezaba a clarear el día. Pero no tenía tiempo para descansar.

Buscó de inmediato a su madre y le contó su aventura. Pero Meissa apenas hizo caso y comentó:

- Probablemente esos hombres son unos turistas que han venido a descansar. No tengas miedo porque estamos seguras aquí. Esta

isla forma parte de una Reserva de la Naturaleza en la que no está permitida la caza de focas. Por ello, aquí no pueden venir cazadores.

Denébola no se quedó satisfecha. Respondió a su madre:

- ¿Porqué si son turistas iban en silencio y tampoco llevaban luces? Y las que encendieron apenas iluminaban. Parecía como si no quisieran que alguien viese luces u oyese ruidos. Parecían esconderse. ¿Y si fuesen cazadores furtivos?

Meissa contestó con un modo vago:

- No creo que sean furtivos, quizás son observadores de la naturaleza y no quisieron asustar a los animalitos cuando desembarcaron.

Y se fue a sus quehaceres sin prestar más atención a Denébola. La cual, muy inquieta, reflexionaba cómo enterarse de quiénes eran y lo que pretendían los hombres que habían desembarcado al otro lado de la isla.

Por la tarde, a pesar de su cansancio, nadó de nuevo hasta la ensenada donde había visto a los hombres desembarcar.

Cuando llegó era ya noche cerrada y el cielo estaba encapotado. No se veía ni una estrella. Se acercó a la playa y casi tropezó con la chalupa, que estaba amarrada y cubierta con una lona oscura. Subió con cuidado por las rocas y se acercó muy despacio y en silencio a dos tiendas con lonas de camuflaje que los hombres habían levantado y que apenas se podían distinguir desde lejos. Una tienda estaba en completa oscuridad. De la otra salía un leve resplandor y a ella se acercó. Oyó el murmullo que hacían los hombres pero aunque prestó mucha atención no pudo oír lo que susurraban. No tenía más remedio que acercarse a la lona si quería enterarse de lo que decían. Al aproximarse corría un gran peligro, pues si un hombre salía fuera, por cualquier razón, simplemente para pasear o respirar un poco de aire fresco, podía verla y dar la voz de alarma. Y una foca es muy torpe en tierra donde se mueve con dificultad. Si la veían no podría huir hasta el agua que es donde las focas se desenvuelven con enorme agilidad. Para darse ánimos se decía:

-Soy muy intrépida, soy una foca muy intrépida que no tiene miedo a nada.

Muy cerca ya de la tienda pudo oír retazos de conversación que no entendió y ya estaba desesperada y deseando irse cuando escuchó con claridad decir a un hombre que por el tono parecía el jefe de todos ellos:



- Atención. Voy a repasar por última vez el plan ya que no quiero errores. Dentro de una hora saldremos en silencio y con las linternas apagadas para atravesar a pie la isla y llegar a la colonia de las focas antes de que amanezca. El barco y la chalupa saldrán después para no alertar a las focas con el ruido de los motores. Cuando lleguemos, matad con las porras al mayor número de focas que podáis

y no dejéis escapar a ninguna que vaya herida. No quiero que haya sangre en el agua. Entonces llegará nuestro barco al que trasladaremos con la chalupa las focas muertas. Y si salen bien las cosas, en menos de dos horas podremos partir con nuestra carga; cuando llegue el guardacostas que hace la ronda de vigilancia en la Reserva ya estaremos muy lejos. Desollaremos las focas durante el camino de regreso al continente. Allí nada más llegar, venderemos todas las pieles, pues conozco a un comerciante que las pagará sin preguntar nada. ¿Alguna observación?

Se hizo el silencio. Todos parecían conformes con el plan del jefe.

Denébola casi se desmayó al oír tan macabro plan. Pensó que debía regresar inmediatamente a la colonia para avisar pero temía no llegar a tiempo. Tenía que nadar durante toda la noche y dudaba que pudiese llegar antes que los cazadores de focas.

Así, que muy despacio para no delatar su presencia, se deslizó hasta las rocas. A punto de entrar en el agua tropezó con una piedra que cayó con estrépito al mar. Denébola se lanzó al agua. De inmediato se oyó un grito que salía de debajo de la lona de la chalupa.

-¡Cuidado, tenemos espías por aquí!

El que gritaba era un marinero que aunque estaba de guardia en la chalupa se había dormido, y se despertó sobresaltado cuando Denébola chapoteó en el agua.

Afortunadamente, Denébola no pudo ver a varios hombres armados con fusiles que llegaron corriendo desde las tiendas a la chalupa, prestos a disparar contra el intruso. Si los hubiese visto, el terror quizás le hubiese impedido nadar con la determinación con la que lo hacía.

Tras varias horas de nadar sin descanso, Denébola llegó exhausta a la playa ocupada por la colonia de focas.

- Deprisa, deprisa, todos arriba, despertad, que vienen unos cazadores furtivos y quieren matarnos- voceaba con fuerza yendo de un lado a otro de la playa.

En la colonia se formó un tremendo revuelo y Meissa se hizo cargo inmediatamente de la situación. Habló con las madres y éstas llamaron a sus cachorros que ya eran grandes y podían nadar. En muy poco tiempo toda la colonia entró en el mar y se alejó nadando. Desde el agua vieron a la tenue luz del amanecer las siluetas de los furtivos cuando llegaron a la playa. Al no encontrar ninguna



foca se quedaron sorprendidos y luego se enfurecieron por no haber sospechado que alguien pudiera poner en guardia a las focas. Y lo peor para ellos llegó poco después, cuando apareció el barco guardacostas que se aproximó cuando la tripulación observó fondeadas muy cerca de la isla a dos embarcaciones sospechosas. Tras proceder a su identificación, en muy poco tiempo, todos los cazadores furtivos estaban presos a bordo del barco de vigilancia.

Denébola recibió la felicitación de todas las focas que se habían salvado gracias a su intrépida acción de ir sola al campamento de los cazadores para enterarse de sus planes.

Y Altair concluyó su cuento diciendo:

- Capitán, ahora seré yo quien ponga la moraleja al cuento: Quién por ser intrépido consigue un beneficio para todos, tiene asegurado el agradecimiento general.

Y el capitán estuvo de acuerdo con la moraleja.



El cuento de siete

El Estrella Polar del capitán Arturo navegaba lentamente cuando un vigía avisó al contraamaestre de un pequeño objeto flotando a la deriva. La orden del contraamaestre fue tajante:

- Izadlo a bordo inmediatamente.

Cuando el contraamaestre tuvo en sus manos el objeto, se lo llevó al capitán, que estaba descansando en su camarote.

- Capitán, -dijo el contraamaestre- hemos rescatado esto del mar donde flotaba a la deriva porque sabemos de su pasión por coleccionar objetos extraños.

Y entregó al capitán una masa informe de algas y cirrípedos que ocultaban una botella.

- Esta botella debe llevar mucho tiempo en el agua por la gran cantidad de algas y animales que la cubren - dijo el capitán, que quitó con cuidado todo lo que tenía adherido el vidrio para dejar la botella a la vista. El vidrio era muy oscuro y el tapón estaba sellado con

cera y lacre por lo que no había entrado agua en la botella. La puso al trasluz y vio Arturo que dentro había algo enrollado.

Y mientras el contramaestre observaba, el capitán quitó con mucha cautela el tapón, limpió bien los restos de lacre y cera y con unas largas pinzas logró sacar lo que resultó ser un pergamino muy bien enrollado.

Imaginaba el capitán que el pergamino por su largo encierro estaría muy quebradizo, y lo trató con muchísima delicadeza hasta que logró desenrollarlo por completo. Y se llevó una sorpresa mayúscula cuando observó que el pergamino estaba ilustrado con dibujos en los márgenes y en su parte central, en apretadas hileras, había un texto en latín, no muy extenso, con un título en grandes caracteres: De Septem fabula.

Aunque no era experto en pergaminos, el capitán supuso que algún artista medieval había sido el autor de aquella maravilla que tenía ante sus ojos. Recordando que en el colegio había sido un buen alumno y el latín fue una de sus asignaturas favoritas, se fue a su alacena y sacó el diccionario de latín.

Tradujo inmediatamente “De Septem fabula” por “La fábula de Siete” -¿o quizás debería decir “La historia de Siete”? ¿O “El cuento de

Siete”?- , reflexionó Arturo, que quedó muy intrigado y deseoso de traducir todo el texto. Se alegró especialmente porque aquella fábula le serviría para completar con un séptimo cuento el cuaderno de los cuentos fantásticos, ya que Altair sólo le había podido contar seis. Se prometió el capitán que antes de llegar al próximo puerto tendría traducido el texto latino. Así fue y a continuación se puede leer la traducción que hizo. Y conviene decir que el capitán nunca supo (aunque preguntó durante toda su vida allá donde paraba, e incluso visitó muchos monasterios y bibliotecas una vez retirado de su profesión), cuándo y quién escribió el pergamino, lo puso en una botella y tiró ésta al mar.

Esta es la traducción del texto según se lee en el cuaderno del capitán:

Siete era un número muy travieso y espabilado que estaba firmemente decidido a ser el más conocido y admirado de todos los números. No se conformaba con ser un número como cualquier otro, simplemente la suma de cuatro y tres, o dos y cinco, sino que quería ser un número con misterio, con magia, lleno de significados ocultos y que apareciese, cuantas más veces mejor, en historias, cuentos y leyendas. Cuando llegó a la edad de ir al colegio, en el camino siempre iba pensando en las cosas que debería hacer para que ese deseo suyo fuese realidad. En estas cavilaciones pasaba mucho

tiempo, y a veces estaba tan distraído, que cuando la profesora le preguntaba en clase no era capaz de contestar. Pero como era muy listo e inteligente, aprendía con rapidez. Muy pronto comenzó a leer y se pasaba horas y más horas leyendo cuentos y escribiendo historias. Trascurrió el tiempo y Siete seguía pensando qué hacer para llegar a ser un número misterioso, mágico, respetado y admirado de todos. Un buen día, después del recreo en el colegio, se decidió a hablar de su propósito con sus buenos amigos Nueve y Tres y les preguntó:

- ¿Qué debería hacer para ser conocido y admirado en todas partes? Quiero ser considerado un número mágico, el mejor de todos los números, el más misterioso, fascinante y asombroso de todos nosotros.

Nueve, que era listo y bonachón, le dijo:

- Puedes hacer bastantes cosas para conseguir tu propósito. Para empezar, yo buscaría a personas que tienen mucha influencia como son los historiadores, los escritores, los geógrafos y cartógrafos, los descubridores, los arquitectos y los filósofos, para contarles lo que quieres ser. Ten en cuenta que son ellos los que pueden ayudarte.

- ¿Y en concreto que debería decirles? -preguntó de inmediato Siete.

- Pues eso mismo que nos has contado a nosotros -dijo Tres que había seguido con gran interés la conversación- que quieres que te conozcan en toda partes para ser muy célebre y por tanto que hablen del siete en sus discursos y escriban del siete en sus libros.

- Ten en cuenta -dijo entonces Nueve- que ahora sólo te conocemos en el colegio tus amigos, y en tu casa tu familia. Pero ¿te conocen fuera del pueblo o en otros lugares? Me parece que no y por eso te dice Tres que les cuentes a esas personas qué es lo que quieres. Y así, los historiadores buscarán y escribirán historias que tengan que ver con el siete; y no te digo nada de lo valioso que te será hablar con escritores, especialmente con los que escriben para niños, que pueden escribir cuentos en los que aparezca el siete como un número mágico.

Siete se quedó pensativo.

-Me parece buena idea -dijo al cabo de un rato- pero tendré que viajar por todo el mundo y hablar con tanta gente que me cansaré y no sé si seré capaz de seguir con ello.

-¡Ánimo Siete, estoy seguro que serás capaz! -le dijo Nueve-. Dentro de unos años estarás presente en los libros de las bibliotecas de todo el mundo. Y en todos esos libros se hablará con curiosidad,

respeto y admiración del siete. Y cuando eso suceda, podrás volver al pueblo, donde te estaremos esperando para que nos cuentes tus aventuras.

- Os prometo volver triunfante - dijo con firmeza Siete, que ya había tomado su decisión.

A la mañana siguiente, cuando aún no había salido el sol, Siete, provisto de una pequeña mochila en la que llevaba sus escasas pertenencias, se puso en camino tras despedirse de sus padres que le vieron partir con una mezcla de alegría y tristeza; alegría por tener un hijo tan decidido a triunfar en un asunto que consideraba de gran alcance y tristeza al pensar en los peligros a los que su aventura podría llevarle.

A los pocos días, Siete llegó a Grecia. Estaba obsesionado con conocer a un historiador. Y preguntando aquí y allá supo que el historiador de más renombre en aquellos tiempos se llamaba Heródoto así que decidió ir a su encuentro para hablar con él. Pero se encontró con una gran dificultad: Heródoto para informarse de las cosas que ocurrían en el mundo y escribir de ellas, no cesaba de viajar de un lado a otro y era casi imposible saber por anticipado donde pararía cada día, semana o mes. Sin embargo, como Siete era muy tenaz, no se asustó de la nueva dificultad y fue visitando las ciudades y rutas

del Mediterráneo que frecuentaba el historiador con la esperanza de encontrarle aunque fuese por casualidad. Así pasó casi un año, viajando de un lugar a otro. Al fin, un día y cuando Siete se encontraba en Atenas, vio a varias personas reunidas alrededor de un hombre alto, con barbas, quién contaba su último viaje en el que tuvo un encuentro con piratas antes de llegar al puerto. Se acercó Siete al grupo y preguntó quién era el hombre alto. Le dijeron:

-Se llama Heródoto y es un conocido historiador y geógrafo.

Muy contento, Siete esperó a que todos los del grupo se fueran a sus casas y siguió al historiador cuando caminaba hacia una posada para alojarse y descansar. Heródoto notó enseguida que alguien le seguía y volviéndose preguntó a Siete:

- ¿Qué quieres?

Siete contestó:

- Usted perdone, señor, me llamo Siete, y quiero pedirle por favor que hable de mi en sus libros. Ya me he enterado que usted es un hombre insigne, muy respetado, que escribe de historia y geografía. Así cuando la gente lea sus libros me conocerán y seré admirado.

A Heródoto le hizo gracia la petición y el desparpajo del muchacho y le contestó:

- ¿Y qué puedo hablar o decir exactamente de ti?

Pues por ejemplo, -contestó Siete- usted que viaja mucho por todo el mundo y lo conoce muy bien ¿porqué no hace memoria de los edificios y obras que le han llamado la atención en sus viajes? Los apunta en un pergamino, elige de entre ellos siete, los que le hayan parecido realmente majestuosos y escribe un libro describiéndolos. Usted titula ese libro como “Las Siete Maravillas del Mundo” y ya está: la gente asociará el siete con lo más admirable y magnífico que hay en el mundo.

- No está nada mal la idea, chico, me ha gustado y te diré que ahora mismo me pondré manos a la obra- contestó el historiador, que continuó:

- He visto en mis viajes tantos templos, estatuas, palacios, jardines, plazas y puertos que no tendré dificultades para elegir “siete maravillas”. Ven a verme mañana a primera hora y te leeré la relación que prepararé esta tarde.

Siete se despidió muy contento y para pasar la tarde se fue al puerto a ver como los niños se bañaban en el mar tirándose desde el muelle al agua.

Al día siguiente, Siete se levantó al alba, cuando los gallos empezaban a cantar, y se encaminó a la posada de Heródoto. El historiador le estaba esperando y le sonrió muy contento.

-Buenos días señor historiador –saludó Siete educadamente- ¿descansó usted bien?

-Hola Siete, descansé muy bien, gracias- contestó el historiador. -¿Sabes que pasé toda la tarde de ayer y gran parte de la noche escribiendo la relación de las maravillas que he visto en mis viajes y me ha sido muy difícil elegir solamente siete? Pues he visto muchísimas obras del genio humano dignas de figurar en tal relación. Pero, en fin, aquí en este pergamino están descritas las Siete Maravillas del Mundo que me pediste. Como ya sabes leer, tú mismo puedes ver cuales son esas siete maravillas que he elegido.

Siete empezó a leer:

“Esta es la relación de las Siete Maravillas del Mundo que he visto y de las que yo, Heródoto, historiador y geógrafo, doy fe. Escribo esta relación para que en el futuro se perpetúe su recuerdo”.

Continuó leyendo Siete:

“Maravilla número 1: La Gran Pirámide de Gizé, en Egipto”

“Maravilla número 2: Los Jardines Colgantes de Babilonia”

“Maravilla número 3: El Templo de la diosa Artemisa, en Éfeso”

“Maravilla número 4: La estatua de Zeus, en la ciudad de Olimpia”

“Maravilla número 5: El sepulcro de Mausolo (Mausoleo) en la ciudad de Halicarnaso”

“Maravilla número 6: El coloso de Rodas, a la entrada del puerto de esa isla”

“Maravilla número 7: El faro de Alejandría, que ilumina a los barcos que llegan a esa ciudad”

En el pergamino se describía con todo detalle la historia de cada una de esas maravillas, quiénes las hicieron y los materiales que emplearon, así como los años en que se construyeron.

Siete quedó muy satisfecho.

-Ahora-, pensó, -ya he entrado en la historia-. Y cuando se despedía de Heródoto, éste le advirtió:

- Espera un momento que te contaré alguna historia interesante y en la que figura el siete. Atiende.

Supongo que ya sabes que en Grecia apreciamos por encima de todas las cosas la sabiduría, como camino hacia la perfección. Y por ello hace tiempo que se habla y comenta entre nosotros, quiénes son los mayores y más ilustres sabios de estas tierras.

¿Y sabes lo que hemos decidido tras muchas discusiones? Que los sabios de Grecia son siete. Cuando tengas más tiempo te hablaré y contaré cosas de cada uno de ellos-. Y ahora- continuó Heródoto- te contaré una leyenda sobre un jardín maravilloso con unos árboles en los que crecen manzanas doradas. Según dicen, este jardín se encuentra en una remota región y está al cuidado de siete ninfas que... .



- Alto, alto, antes de que siga con su leyenda dígame qué son las ninfas- preguntó impaciente Siete.

- Ah! Las ninfas. Las ninfas son como hadas, que habitan las aguas, los bosques y las selvas. Pues bien, como te decía, ese jardín está cuidado por siete ninfas que se llaman Hespérides y hay además un dragón que vigila para que nadie pueda robar las manzanas doradas.

Cuando Siete escuchó lo de los “siete sabios” sintió gran orgullo, pero cuando oyó lo de las “siete Hespérides” ya no pudo aguantar más su impaciencia y despidiéndose apresuradamente salió corriendo para tomar de nuevo el camino que le conduciría a nuevas aventuras.

Al caer la tarde se encontró con un peregrino que iba caminando muy tranquilo. Siete se puso a su lado y le preguntó si no tendría inconveniente en que le acompañase, ya que llegaba la noche y no quería pasarla solo en mitad del campo.

El peregrino le dijo que como ya estaba anocheciendo, iba a buscar un sitio adecuado para dormir esa noche. Siete le acompañó y tras encontrar un buen abrigo entre las rocas de un prado por el cual pasaba un arroyuelo de aguas claras, echaron al suelo sus

mantas y se tendieron para descansar. Estuvieron charlando largo rato hasta que fueron apareciendo las estrellas. Siete le confesó al peregrino el motivo de su viaje y el peregrino le dijo:

- Has tenido suerte al encontrarte conmigo puesto que soy astrónomo, filósofo y lector de la Biblia. Por ello te ilustraré algo más sobre el siete. Ahora mira al firmamento. ¿Ves ese grupo de estrellas que forma casi un cuadrado y tiene delante una vara alargada? Es la constelación Osa Mayor y si cuentas las estrellas comprobarás que son siete las que se ven a simple vista.

Siete quedó sorprendido. Preguntó: -¿Tienen nombres esas estrellas?

- Pues claro -contestó el astrónomo,- todas las estrellas tienen nombre y cada una tiene su propia historia que si tuviéramos más tiempo te contaría. Y si miras allá, a esa especie de nubecilla luminosa, verás que también se distinguen siete estrellas. Se las conoce como Las Pléyades o Las Siete Hermanas, y tienen una historia de lo más notable. Pero ahora debes dormir que mañana nos espera un largo camino durante el cual te iré contando más cosas sobre el siete.

Y dicho esto, el peregrino se cubrió la cara con un pico de la manta y se quedó dormido profundamente.



Al día siguiente, al abrir los ojos, Siete observó al peregrino que estaba lavándose en el arroyo. A su lado tenía un grueso libro en cuyo lomo podía leerse la palabra “Biblia”. El peregrino después de su aseo, sacó queso y nueces de una bolsa que tenía y ofreció un poco de su frugal desayuno a Siete. Cuando hubieron terminado se pusieron en camino.

Al poco tiempo de estar caminando el peregrino le dijo a Siete:

- Te voy a hablar un poco del siete. Según nos dice el Génesis, cuando Dios creó el mundo, bendijo el día séptimo porque en él descansó de su obra creadora; por eso, el día santo de la semana es el día de descanso. Esta misma mañana he leído un pasaje de la Biblia en el que se habla de los “siete hermanos Macabeos”. Y en otro pasaje se dice que se debe perdonar “siete veces” y hasta “setenta veces siete”. También hay una historia muy interesante de José que era un hebreo que estaba preso en Egipto. El Faraón de Egipto tuvo un sueño en el que aparecían “siete vacas gordas” y “siete vacas flacas” y luego “siete espigas llenas” y “siete espigas vacías”. Nadie supo interpretar el sueño hasta que llamaron a José el cual dijo que según ese sueño habría “siete años de abundancia” y tras ellos “siete años de escasez”. Y más cosas del siete. Ya sabrás que hubo un gran Diluvio y que Noé, su familia y todos los animales se salvaron dentro de un Arca. Pues bien, Noé, cuando acabó de llover, para comprobar si las

aguas se habían retirado, desde el Arca soltó una paloma, que regresó inmediatamente porque no encontró nada seco para posarse; Noé esperó “siete días” y volvió a soltar la paloma, que regresó con una ramita de olivo en el pico. Esperó otros “siete días” y la soltó de nuevo pero ya no regresó. Ahora no tengo tiempo para explicarte más cosas, pero si buscas en la Biblia, verás que el siete aparece muchísimas veces. Por eso, a mí me parece cierto que el siete es un número sagrado.

El poco rato, el cielo se fue llenando de nubes oscuras y amenazadoras. Parecía que la tormenta no tardaría en descargar. Y en efecto, al poco rato, densas cortinas de agua se derramaban sobre los caminantes, mientras el viento soplaba con fuerza y apenas les dejaba avanzar.

Afortunadamente, duró poco el aguacero y cuando de nuevo salió el sol, vieron un hermoso y enorme arco iris que llenaba el cielo de parte a parte. El peregrino dijo a Siete:

- Cuenta los colores del arco iris.

Siete contó y dijo estupefacto: - Son siete los colores y van en este orden: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta. Me parece que el siete es aún más portentoso de lo que yo pensaba.

Llegaban a una bifurcación del camino y el peregrino dijo:

- Me has contado que buscas a un escritor que escriba cuentos para niños. Pues bien, por ese camino de la derecha irás a París donde puedes buscar a un tal Charles Perrault que se dedica a eso. Yo tomo este otro camino ya que voy en dirección opuesta.

Y sin más palabras se perdió en la distancia.

Siete llegó poco tiempo después a París. Durante varios días anduvo buscando al señor Perrault hasta que una mañana preguntando en una librería en donde vendían cuentos de hadas y princesas le dieron la dirección de su casa. Por la tarde fue a visitarle y aunque se anunció al señor Perrault, éste le hizo saber por medio de una criada que estaba muy ocupado escribiendo un cuento que debía entregar al día siguiente y no podía perder el tiempo con visitantes. Siete, muy triste, desde la calle veía muy bien la ventana de la sala donde a la luz de una vela sobre la mesa, estaba el señor Perrault escribiendo con una hermosa pluma de ganso que mojaba en un enorme tintero.

- Seguro que está haciendo un cuento en el que si me dejara entrar y hablar con él podría escribir el siete muchas veces -se lamentaba Siete- ¿Qué haré para hablarle?

Pasaron lentas las horas. Siete no se movía de su sitio cuando vio que el señor Perrault se frotaba las manos, apagaba la vela y salía de la habitación.

- Esta es la mía -se dijo Siete- Y ni corto ni perezoso, se acercó a la ventana, empujó un poco la hoja y se coló de un salto en la estancia. Había luna llena y Siete que tenía buena vista pudo leer sin dificultad el manuscrito que había preparado el señor Perrault. En el primer folio y en letras muy grandes se leía: “El Cuento de Pulgarcito”.

Pasó la hoja y leyó el cuento. Era muy interesante. Trataba de un leñador muy pobre que tenía cinco hijos, el último tan pequeño como un dedo pulgar y de ahí el nombre de Pulgarcito; también había un ogro que comía niños y que tenía cinco hijas y además usaba unas botas que daban pasos de cuatro leguas. Siete pensó inmediatamente en su buena suerte: podía cambiar en el manuscrito todos los números por el siete y ni corto ni perezoso cogió la pluma de ganso, la mojó en la tinta y encima de donde ponía cinco puso “siete”, y donde ponía cuatro puso “siete” y de esta manera cambió todos los números del cuento del señor Perrault.

- Ahora está mejor y espero que el señor Perrault no advierta el cambio- pensó Siete, que muy satisfecho de su hazaña, salió de nuevo por la ventana y aguardó escondido.

Al fin llegó la mañana y pudo ver a la escasa claridad del día al señor Perrault entrar en la habitación, encender la vela y ponerse a leer el cuento. De vez en cuando veía que el escritor ponía cara de sorpresa -claro- pensó Siete -ahora ha visto que hay “siete hijos” y “siete hijas” o que las botas dan pasos de “siete leguas” y no lo recuerda así.

Siete acertaba en eso pero no en la reacción de Perrault, el cual al principio estaba sorprendido - no entiendo como aparecen “siete hijos” y “siete hijas” cuando yo había puesto cinco y “siete leguas” cuando había puesto cuatro, pero ahora me parece que con siete queda perfecto- y al llegar al final del cuento estaba muy satisfecho del resultado de los cambios.

- No sé quién habrá sido el autor de estos cambios, - decía en voz alta- pero el cuento ha mejorado ya que el siete es un número más sugerente que el cuatro o el cinco. Quizás esta noche ha venido una de las hadas de mis relatos para ayudarme a perfeccionar El Cuento de Pulgarcito.

Y el señor Perrault reía alborozado como un chiquillo travieso y Siete aunque no sabía de qué se reía, como lo veía muy alegre, también se puso a reír.

- Si se está riendo es que le han gustado mucho los cambios, -decía Siete- de eso no cabe duda.

Siete estaba inmensamente feliz.

- Ahora sí que seré conocido- decía-. Estoy seguro que este cuento de Pulgarcito perdurará muchísimos años y pasará de padres a hijos durante generaciones.

Y como el señor Perrault tenía prisa, ya que a las nueve de la mañana le había citado el dueño de la imprenta para que entregase el manuscrito, apagó la vela soplando con fuerza la llama y cogiendo su abrigo, el sombrero y el bastón salió de la casa camino de la imprenta con el cartapacio del manuscrito bajo el brazo.

Siete le vio marchar muy alegre por lo que pensó repetir suerte con otros escritores de cuentos. Le habían dicho en la posada, que en Cassel, una ciudad de Alemania, vivían los hermanos Grimm que estaban escribiendo una colección de cuentos en los que aparecían hadas, princesas, madrastras malvadas, reyes, príncipes, y muchos personajes más. Uno de los cuentos que estaban escribiendo se titulaba "Blancanieves y los seis enanitos".

Al cabo de unos cuantos días de estar en Cassel, y tras varias tentativas, Siete pudo hablar con el mayor de los hermanos al que preguntó:

- Señor Grimm, ¿porqué en vez de seis enanitos en el cuento de Blancanieves que está terminando no pone usted siete? El siete es un número mágico y maravilloso, fíjese, hay siete colores en el arco iris, y siete sabios en Grecia y siete estrellas principales en... .

El señor Grimm le interrumpió sonriendo y contestó:

- Y también son siete las notas musicales y siete los días de la semana. En fin, me has convencido, chico, y aumentaremos los enanitos en el cuento de Blancanieves de seis a siete. Solo tenemos un pequeño problema y es que los seis ya tienen nombre; son Gruñón, Tímido, Perezoso, Mocososo, Mudito y Dormilón, y ahora tendremos que buscar un nombre para el séptimo enanito.

- Eso no es problema –contestó con rapidez Siete- yo estoy tan feliz que el séptimo enanito se puede llamar Feliz.

El señor Grimm asintió diciendo:

- De acuerdo, le pondremos ese nombre que has dicho-. Y se despidió de Siete que se marchó contentísimo, cantando “Ai ho, ai ho, al campo a descansar...”.

Siete consideró que todavía debía hacer algo más antes de regresar a su pueblo. Un día que iba caminando cerca de la orilla de un río que se llama Tíber se encontró con un joven pensativo que contemplaba el paisaje.

Se acercó Siete y le habló:

- Hola me llamo Siete y te veo pensativo ¿puedo ayudarte en algo?

El joven se volvió a Siete y contestó:

- Hola, me llamo Rómulo y estoy buscando un buen sitio para fundar una ciudad. Quiero que en esa ciudad viva la gente que ahora está viviendo pobremente en chozas y cabañas en los campos. Estoy dudando entre hacer la ciudad aquí mismo, en este terreno llano, cerca de la orilla del mar, o hacerla aguas arriba del Tíber, donde hay valles y colinas. Hay un sitio que me gusta mucho también, aunque no es tan llano, pues hay siete colinas que....

Siete no le dejó continuar. Dijo lleno de alegría:

- No lo pienses más, Rómulo. Debes construir tu ciudad en el lugar de las “siete colinas”. Incluso le podrás poner tu nombre a la ciudad que fundes, quedará muy bien; bueno, como “ciudad” es femenino, en vez de Rómulo tendrás que llamarla “Rómula”,... oh! No, no Rómula no me gusta, pero si quitas dos letras queda “Roma” que es un nombre corto y sonoro muy apropiado para tu ciudad, muy fácil de recordar ¿qué te parece mi idea? Estoy convencido de que llegará a ser una ciudad muy, pero que muy célebre.

Rómulo miró a Siete con admiración:

- Santo cielo, que idea tan extraordinaria, me voy ahora mismo a las siete colinas para soñar desde lo alto de una de ellas cómo será mi futura ciudad. ¿Me acompañas?

Siete acompañó a Rómulo y subieron a una de las siete colinas, la que Rómulo dijo que se llamaba “Palatina” y desde allí contemplaron las otras colinas y se imaginaron como cambiaría el paisaje cuando sobre las siete colinas se construyeran palacios, templos, circos, coliseos, mercados, termas, se trazaran sus avenidas y plazas y vivieran allí miles de personas. Siete se despidió de Rómulo que seguía soñando su ciudad de Roma.

Pero a Siete todavía le parecían pocas tantas aventuras y quería tener alguna más antes de regresar a su pueblo para contar sus hazañas. Se encontró con unos mercaderes que habían llegado al puerto y les preguntó por todo lo que supiesen del número siete. Uno de los comerciantes le estuvo hablando durante la tarde entera de las maravillas del mar y le dijo que un cartógrafo llamado Piri Reis había preparado una lista de los “siete mares” que se conocían por aquella época y en los que navegaban ellos con sus barcos llevando de unos puertos a otros aceite, trigo, vino, sal, telas, cerámicas, perfumes y minerales. Según le dijo el comerciante, esos siete mares eran el océano Atlántico, el mar Mediterráneo, el mar Rojo, el mar de Omán, el golfo Pérsico, el golfo de Bengala, y el mar del sur de la China. Siete quedó muy impresionado por los relatos del mar y más aún cuando uno de los mercaderes, que parecía el jefe de todos ellos, sacó de sus alforjas un voluminoso libro bastante usado y pidió a todos que se callaran. Entonces con voz grave leyó en voz alta el título del libro: Las Mil y Una Noches.

- Y ahora -dijo- os voy a leer las fantásticas aventuras de Simbad el Marino.

Y todos escucharon con suma atención y respeto las aventuras de Simbad el Marino, el cual tuvo que embarcarse “siete veces” para hacer “siete viajes”.

Al terminar la lectura se hizo de noche. El jefe de los mercaderes le preguntó a Siete si quería acompañarles en su próximo viaje ya que tenía un destino especial.

- Salimos mañana de viaje a llevar mercancías a las islas Afortunadas, que son siete hermosas islas en el océano Atlántico y que también se conocen con el nombre de islas Canarias.

Siete que era muy educado, le contestó agradeciéndole el ofrecimiento y todas las historias que los mercaderes le habían contado. Y añadió que como ya había cumplido el propósito de sus viajes y hacía mucho tiempo que faltaba de su casa, quería regresar. Así que se despidió de los mercaderes para retornar a su pueblo.

Y mientras caminaba iba pensando en los siete días de la semana, en los siete colores del arco iris, en las siete notas musicales, en las siete maravillas del mundo antiguo, en los siete enanitos de Blancanieves, en los siete viajes de Simbad el Marino, en las botas de siete leguas, en los siete sabios de Grecia, en los siete días de la Creación, y en tantas y tantas otras cosas, en leyendas, historias y narraciones en las que el siete ocupaba un lugar de honor.

Fin de los Siete Cuentos

Los personajes de los cuentos

Hola querido lector. Ya has terminado de leer los cuentos y quizás te hayan llamado la atención los nombres de los personajes. Te diré que elegí nombres que tuviesen carácter simbólico y para ello nada mejor que las estrellas, ya que los nombres de algunas de ellas están relacionadas con mitos y leyendas referidos al mar, a la navegación, a los animales, a su modo de vida o a su comportamiento y pueden ser un símbolo apropiado a la historia narrada en el cuento. Ahora tienes ocasión de saber el porqué elegí esos nombres y ello puede hacer que también se despierte tu interés por la astronomía.

Todos los cuentos los narra un náufrago, llamado Altair, a Arturo, capitán del barco Estrella Polar. Altair significa “Águila”, animal de vuelo majestuoso, que se eleva con decisión, como hizo Altair tras su naufragio, elevarse por encima de sus dificultades. A Altair le contó los cuentos un anciano esquimal llamado Nunki, nombre de origen babilónico que identifica a “La estrella que proclama el mar”. Y el nombre elegido para el barco recuerda que los árabes llamaron a la estrella Polar -que tuvo enorme importancia en la navegación- Al Kutb, “El eje”; en los cuentos, el barco es el eje sobre el que se cons-

truye la narración. Por su parte, Arturo significa “El que guarda osos”, o pastor de osos, lo que le identifica como un “capitán” de rebaño.

En el cuento de la ballena agadecida, el nombre del arponero no podía ser otro que Orión, la hermosa constelación de invierno. Orión significa “El cazador” y un arponero es un cazador de ballenas. Mintaka es una estrella del “Cinturón de Orión” formado por tres estrellas; de ahí que por tener tres manchas en la cabeza, la mamá ballena, Bellatrix, bautizó a su hija como Mintaka. Bellatrix, significa “Mujer guerrera”; su ardor guerrero la salvó de la caza. El abuelo de Mintaka se llama Aldebarán, que quiere decir “El seguidor”, pues un abuelo suele ser mayor y va siguiendo con dificultad a sus nietos.

En el cuento de la nutria, ya que las nutrias “caen” o “planean” hasta el fondo cuando buscan su alimento, la protagonista del cuento se llama Vega que significa “Águila planeando” o “Que cae”; el perro se llama Proción, que significa “Antes del perro”, y la nutria que pudo escapar de los cazadores por perder su cola se llama Deneb que significa precisamente “La cola”, mientras que la tímida Capella, que significa “Cabrita”, recibió su nombre porque las cabritas son muy asustadizas. La madre nutria recibió el nombre de Gemma (“la que brilla en el centro”) porque una madre es el “centro” u origen de cualquier ser viviente.

Diadema es el nombre de la tortuga ¿y no es acaso una tortuga como una joya en el mar? Mirzam, que significa “El anunciante”, recibió su nombre porque “anunció” a su compadre Sirio el peligro de morder el pez que estaba ensartado en el anzuelo del palangre. Y el tiburón, Sirio, cuyo significado es “cruel” o “abrasador” recibió su nombre en recuerdo de sus fortísimos jugos digestivos, que “abrasan” a sus presas.

¿Y como no nombrar a la sirena como Spica, estrella que en árabe se llama Azimech que significa “La indefensa”? Los manatíes son entre los animales marinos los más pacíficos e indefensos de todos.

En el cuento de la foca, Denébola, que significa “Cola de león”, recibió su nombre porque las focas en el mar se mueven continuamente, como las colas de los leones. Y el delfín recibió el nombre de Hamal, que significa “Carnero”, por ser asimismo un animal muy fuerte y robusto.

